

Miradas sobre el socialismo y el hombre: un simposio

Carolina Aguilar

Periodista. Federación de Mujeres Cubanas.

Randy Alonso

Periodista, ICRT.

María del Carmen Ariet

Socióloga. Centro de Estudios Che Guevara.

Frei Betto

Fraile dominico y escritor. Brasil.

Atilio Borón

Politólogo. Director del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Argentina.

Orlando Borrego

Asesor. Ministerio de Transporte.

Boaventura de Sousa Santos

Sociólogo y profesor. Universidad de Coimbra, Portugal.

Antoni Kapcia

Profesor. Universidad de Nottingham, Reino Unido.

Delia Luisa López

Profesora y presidenta de la Cátedra Che Guevara, Universidad de La Habana.

Fernando Martínez Heredia

Investigador. Centro Juan Marinello.

Isabel Moya Richard

Periodista. Directora de la revista Mujeres.

Graziella Pogolotti

Profesora y ensayista. Centro Juan Marinello.

Elier Ramírez

Estudiante de Historia. Presidente de la FEU, Universidad de La Habana.

Joel Suárez

Coordinador, Centro Memorial Martin Luther King, Jr.

Raúl Valdés Vivó

Rector. Escuela Superior del PCC «Nico López»

Juan Vela Valdés

Rector. Universidad de La Habana.

con

Daybel Pañellas Álvarez

Psicóloga y profesora. Universidad de La Habana.

El 40 aniversario de la edición de «El socialismo y el hombre en Cuba» ha sido una ocasión propicia para repasar algunos problemas planteados por el Che, desde la perspectiva de su significación y actualidad. Escrita en vísperas de partir al Congo, en 1965, esta carta-ensayo cuestiona y analiza diversas facetas de la transición socialista, desde la experiencia de una práctica revolucionaria y un pensamiento político maduros.

Entre los muchos asuntos que aborda el Che, llamaron mi atención especialmente las nuevas relaciones sociales, el poder y la formación de una nueva conciencia en los ciudadanos, en particular el vínculo masa-vanguardia (dirigentes y dirigidos), el papel del Estado en el proceso de transición, la participación en la democracia socialista, la función del arte en la construcción de una nueva cultura política, el ejercicio de la libertad y la plenitud. Hubiera querido indagar también en otros, como la institucionalización

del sistema, la influencia de las taras del pasado capitalista, y profundizar más en la controversial cuestión del hombre nuevo. Tomando en cuenta las limitaciones de espacio y el interés por no reducirlo a la experiencia cubana, tuve que priorizar los primeros.

En esta pequeña encuesta me he propuesto contribuir, en alguna medida, al conocimiento de un material bastante ignorado, especialmente por las jóvenes generaciones, de las que formo parte. Construir un mundo mejor y apostar por el socialismo no es solo cuestión de deseo y voluntad. El compromiso y la responsabilidad necesarios, para lograrlo de modo auténtico y exitoso, no se develan sin antes darse el permiso para pensarse uno mismo. ¿Cuál es la naturaleza de los problemas que se enfrentan? ¿Cuál es la posición de cada uno ante ellos? ¿Cómo se ha producido en los individuos el proceso de apropiación de la cultura histórica y socialmente construida? ¿Cuáles son los referentes para el desempeño del rol de

Daybel Pañellas Álvarez

cada cual? ¿Qué pasa con las personas reales, sus deseos y aspiraciones en este ejercicio? ¿Cuáles son las pautas de lenguaje y comportamiento que dan cuenta de los esquemas individuales, a veces inconscientes? ¿Cómo se concilian los intereses personales y los sociales, para poder tributar al desarrollo de las distintas instituciones a las que se pertenece y al de la sociedad? A partir de estas preguntas, se requiere un diálogo que suponga no sólo el respeto por el criterio de cada cual, sino la necesidad de que ambos lo ejerzan de manera crítica.

Los entrevistados comparten, en general, una cultura política de izquierda, pero representan diversas maneras de pensar, generaciones, géneros, instituciones y países. Todas ocupan espacios desde los que tienen el privilegio de formar opiniones, educar, representar una vanguardia política, intelectual o un testimonio de autoridad. Son estos rasgos, y no necesariamente haberse dedicado al estudio y la investigación sobre la obra del Che, la principal razón por las que las elegí. El arco de sus respuestas ilustra esa pertenencia. Asimismo, reflejan mi énfasis para que respondieran desde una mirada contemporánea.

Agradezco a todos los entrevistados su confianza y el tiempo que me concedieron en sus apretadas agendas. También doy las gracias a los que no pudieron o se excusaron, porque en esas ausencias se reflejan nuestras urgencias y fugas cotidianas. Ojalá que estas visiones disímiles contribuyan a un debate para poder pensar, sentir, asentir, disentir y, eventualmente, decidir sobre los problemas de fondo que suscitan estas lecturas acerca del socialismo y el hombre, en Cuba y más allá.

Daybel Pañellas: *Se cumplen cuarenta años de que el Che escribiera, en la primera página de «El socialismo y el hombre en Cuba», las siguientes palabras: «Es común escuchar de boca de los voceros capitalistas, como un argumento en la lucha ideológica contra el socialismo, la afirmación de que este sistema social o el período de construcción del socialismo al que estamos nosotros abocados, se caracteriza por la abolición del individuo en aras del Estado». El ensayo se propone refutar esta idea, y reivindicar al hombre como centro de su reflexión política sobre el socialismo. ¿Qué significado tuvo este texto para la cultura política socialista en el momento en que se concibió, y cuál posee hoy?*

Carolina Aguilar: Una de las tesis fundamentales del Che en esta obra, y que nosotras como miembros de la Federación de Mujeres Cubanas también defendemos en nombre de las mujeres, fue la reivindicación del individuo, su emergencia como sujeto social investido de plenos derechos, en aras de una meta común, de hacer una sociedad donde todos fueran protagonistas, a la vez que beneficiarios de este proceso revolucionario.

Para nosotras las mujeres, ser dignificadas y tener derechos a participar en todo, ha sido uno de los mayores impactos. La sociedad no puede ser construida por una parte de la población. En esta, donde las mujeres somos la mitad de la población y madres de la otra mitad, tenemos una influencia social considerable.

Randy Alonso: «El socialismo y el hombre en Cuba» contiene una síntesis del pensamiento del Che, que fue sumamente importante en aquel momento entre la gente de pensamiento avanzado (pues no fue entonces un texto de debate popular). El Che no tuvo todo el tiempo necesario para poder desarrollar sus ideas con profundidad, ni tampoco llevarlas al debate público. Ese texto se publica en un contexto de guerra fría e ideológica, de debate a escala internacional. En Cuba, también había diferentes puntos de vista sobre el modelo socialista; sobre qué era nuestro socialismo, y cuál el papel del individuo dentro de él. Contábamos con la experiencia de la Unión Soviética, del estalinismo, la Segunda guerra mundial, Hungría en el año 1954, la llamada «Primavera de Praga» (que ocurrió más tarde, en 1968), y todo el análisis de las fuerzas políticas de izquierda sobre el socialismo. No se puede perder de vista que en nuestro país, por la propia dependencia de los Estados Unidos, el sentimiento anticomunista había estado bien arraigado. Aquel paso definitorio, y a la vez arriesgado, de declarar el carácter socialista de la Revolución en el año 1961, iba acompañado de un debate y una reflexión sobre cómo lograr que ese pueblo asumiera el socialismo.

Hoy seguimos debatiendo cuál es el socialismo que queremos. Aunque el concepto de socialismo no es ahora desconocido, todavía no se ha entronizado en el debate popular de manera más amplia. A nivel callejero, la gente opina, basada en sus experiencias cotidianas, sobre qué es nuestro socialismo, lo que significa para cada individuo, y lo que debiera ser. Pero estas opiniones no van sustentadas en un conocimiento teórico de corrientes, de filosofías.

El acercamiento de nuestra población, y de los jóvenes en especial, al Che, todavía sigue siendo bastante idealista. Se conoce el héroe, el hombre de acción, el internacionalista como expresión suprema; pero no el pensador. Es una carencia que seguimos teniendo, aunque se han hecho esfuerzos importantes por llenarla.

Por otra parte, hay temas que deben debatirse permanentemente, como el del papel del individuo en la sociedad, el hombre nuevo, si resulta realista, si es alcanzable, si existe o no. El hombre nuevo también tiene que ver mucho con el papel del Estado, del Partido, de las instituciones dentro de una sociedad socialista.

María del Carmen Ariet: A lo largo de este texto, que recoge, en grandes tesis, el pensamiento integral del Che, él sintetiza aspectos fundamentales sobre temas políticos, filosóficos, económicos. La nota de presentación editorial, en aquella edición de 1965, señalaba: «Es un documento de singular importancia para comprender el alcance y los propósitos de la Revolución cubana, según lo ve uno de los principales actores de la misma. La tesis expuesta está llamada a

provocar debates y abre nuevas perspectivas, que por otra parte, aunque parezca paradójico, se vinculan a antiguos planteos dentro de las corrientes socialistas».

El primer rasgo que se destaca es el título. El Che expresó una proyección humanista en su acción y en su pensamiento político desde muy temprano, cuando aún era un estudiante. Después, como dirigente de la Revolución, asombró a muchos no solo con el tema de la lucha guerrillera, sino con un articulado discurso y un pensamiento integral. Sentía la necesidad de que la Revolución marchara por un camino y una definición más radicales, es decir, socialistas, una concepción que no todos en la dirección de la Revolución entendían en aquel momento. Y trató de focalizarlo y asumirlo en dos planos: el teórico y el práctico. Esta combinación resulta esencial para entender toda su proyección posterior.

El Che se refería siempre al hombre como eje central. Ese hombre en proceso de cambio debería asimilar la relación entre lo material y lo espiritual en la sociedad. Él decía que el socialismo se podía definir con una fórmula muy simple: conciencia más productividad —ambos elementos fundidos en uno. Entre los grandes problemas que ha tenido el socialismo histórico, estuvo haber partido en dos esta ecuación, y haber reforzado fundamentalmente el lado material, abandonando el espiritual. En la competencia por querer ser igual que el capitalismo, no se advirtió que si se pierde la formación de este hombre nuevo, se podrá llegar a cualquier parte menos al socialismo. Esta preocupación permanente lo llevó, en 1965, a redactar este artículo, con la intención de provocar y advertir acerca de los problemas existentes, así como los que él preveía que podía padecer la Revolución.

Su posición esencial consiste en reivindicar al hombre. Desde esa dinámica de preparación, formación y acción, el individuo debe adquirir un compromiso. Ese mensaje suyo, vigente para cualquier circunstancia, expresa una concepción humanista marxista, material, objetiva, y también espiritual, y por ello aplicable al mundo entero, de manera que, por eso, puede ser asumida por un religioso, un materialista o cualquier otra persona. Ahí se resumen los rasgos esenciales de su pensamiento y de su vida.

Frei Betto: Creo que el socialismo cometió una equivocación endógena, casi inevitable en la formación de los individuos y de las sociedades: incorporó las herencias del pasado. Así, la estructura zarista se transfirió, de cierto modo, a la estructura comunista de la URSS. Lenin, que había lanzado la consigna de «todo el poder a los soviets», acabó por entregar todo el poder al Partido, marginando a los soviets. En este sentido, se perdió la dimensión de la individualidad. Se otorgó valor al individuo solo como ser productivo. Quizás

esto explique que la teoría marxista carezca de una reflexión sobre los derechos de los indígenas, los negros, las mujeres, los niños, etc. Se produjo una inversión aristotélica, ya que Aristóteles defiende el predominio del Estado sobre el individuo. Che, felizmente, refutó esa visión.

Atilio Borón: Hoy en día es muy fácil hablar de un marxismo abierto, plural, creativo, para demostrar que constituye, como dijo Jean Paul Sartre hace muchos años, el horizonte intelectual imprescindible de nuestra era. Pero en la época en que sale el texto del Che, el marxismo estaba muy influenciado —especialmente en América Latina— por la visión canónica que venía de la Unión Soviética: un marxismo mecanicista, determinista, fuertemente estatista, que contrariaba totalmente el legado de la filosofía política y social del marxismo. El texto del Che aparece como una especie de rayo, un toque de atención.

En diversos países de América Latina, algunos sectores veían el pensamiento del Che como muy contestatario de la versión canónica. Cuando se publicó, su artículo resultó profundamente rechazado por gran parte del pensamiento oficial de la izquierda, los sectores enquistados en los partidos comunistas; estos y otras organizaciones políticas tradicionales nunca dejaron de ver al Che como una especie de cuerpo extraño en la construcción del socialismo, un aristócrata aventurero cuyas ideas tenían un tufillo un poco raro —así era definido por muchos de ellos. El texto del Che, con su encanto casi poético, venía a colocar el debate en términos extraños para todos los que estábamos en ese momento influidos por Louis Althusser, quien planteaba la ruptura entre un Marx humanista e ideológico y un Marx científico. El texto del Che venía a patear el tablero, pues sin entrar en polémica explícita con Althusser, nos traía una perspectiva que reivindicaba el humanismo de Marx como una herencia irrenunciable.

En el contexto de aquella cultura de izquierda latinoamericana predominaba también la idea del estatismo, uno de los vicios que se arrastraba desde hacía mucho tiempo, ese culto al socialismo de Estado que no encuentra fundamentación en ninguno de los textos clásicos del marxismo, donde el Estado no es sino un mal necesario mientras no se consumara la revolución mundial. Aquella reivindicación humanista del Che tuvo un impacto enorme entonces; y si «El socialismo y el hombre en Cuba» llegara a adquirir nuevamente los dones de la popularidad, y las nuevas generaciones lo leyeran, introduciría un elemento muy refrescante en el espacio cultural marxista de América Latina.

El Che deja claro que no hay que aceptar ninguna forma de despotismo para adherirse al socialismo. Al

Daybel Pañellas Álvarez

hacerlo, coloca el eje de la discusión en problemas que el marxismo clásico —no solamente la versión latinoamericana— tenía fuera de su foco. Ese marxismo clásico, nacido de dos alemanes de la segunda mitad del siglo XIX, que vivían exiliados en Inglaterra, había soslayado el problema de la individualidad, que no hay que confundir con el individualismo. Un proyecto socialista se encarna en personas concretas, no solo en sujetos como la clase obrera o la intelectualidad. La cuestión de los individuos y sus proyectos, deseos, aspiraciones, fantasías, debe tener hoy una respuesta del socialismo, que no es la que el Estado le organiza, sino que este crea las condiciones para que las personas los puedan realizar de la manera que decidan. Esa realización individual es congruente con un proyecto colectivo de emancipación.

Orlando Borrego: Este texto del Che es un producto conceptual, teórico, de su etapa de madurez. El mismo Che, que no era dado a autoelogios, consideraba que era uno de sus trabajos más elaborados. Fue un artículo muy controvertido, nacional e internacionalmente, un complemento importante de la obra marxista, la de la Revolución Cubana, la de Fidel y otros pensadores cubanos. Su riqueza consiste en haber captado la esencia de todas las complejidades que surgen en un sistema socialista, y que muchas de ellas —yo diría que la mayoría— están por superar todavía, porque es un sistema muy joven. El fenómeno es abordado con realismo y transparencia. Puso el dedo en la llaga sobre muchos temas, entre ellos, el papel de la vanguardia como ejemplo.

Boaventura de Sousa Santos: Este texto no fue debidamente comprendido en su tiempo. El pensamiento socialista de entonces era demasiado colectivista para absorber el profundo mensaje del Che. Lo que él pretendía decir era que reducir la riqueza humana de la transformación revolucionaria a la dicotomía líderes/masas empobrecía la creatividad revolucionaria y a mediano plazo podría conducir a la enajenación y la burocratización. Cuarenta años después, el texto del Che tiene una actualidad perturbadora. Por un lado, han sido muchos los fracasos revolucionarios, y al final, en la mayoría de ellos resultó evidente que los liderazgos se habían apartado a tal punto del pueblo que este no pareció sufrir lo sucedido. Por otro, en la última década emergieron nuevos movimientos de resistencia contra el capitalismo global —la globalización desde abajo, el Foro Social Mundial—, en los cuales los individuos y los grupos se rehúsan a movilizarse si no conocen, discuten y aprueban las razones de la movilización. O sea, además de rechazar la dicotomía líderes/masas, se rehúsan a ser instrumentos pasivos en la ratificación de decisiones en las cuales no

participaron de manera eficaz. Por estas dos razones, el pensamiento del Che es hoy en día muy actual.

Antoni Kapcia: No puede haber dudas en cuanto al impacto de este texto seminal, no solo en Cuba sino también dentro de la izquierda mundial. No se trata de que el Che hubiera dicho nada nuevo, sino de que lo dijo con tanta claridad, sacándolo de una experiencia concreta —la Revolución cubana— que todos admiraban. He aquí una de las características destacadas de su pensamiento: mientras era siempre el pionero intelectual e ideológico del nuevo pensamiento marxista, indicando nuevas direcciones y nuevas interpretaciones, al mismo tiempo no era más que el que mejor articulaba lo que pensaban los demás y, de manera más importante, lo que ya estaba realizándose en la práctica. Es decir que, aunque fuera heredero justo de toda una tradición del marxismo humanista (desde el joven Marx, a través de Gramsci y Mariátegui, hasta Aníbal Ponce), guiando a los movimientos tercermundista, latinoamericano y neoizquierdista del marxismo de esa época, su pensamiento también representaba una evolución constante, radicado tanto en su lectura voluminosa e infatigable, como en lo que observaba en su entorno, en la Cuba de los años 60.

Por lo tanto, el concepto del *hombre nuevo* de este texto y otros no fue creación puramente guevariana, sino más bien una articulación clarísima e inspiradora de la experiencia colectiva y vivida de una sociedad en revolución, de todo un proceso transformador, en el cual el pueblo dejó de ser objeto para otros y se convirtió en sujeto de su propia liberación. En este sentido, reconocía el Che que, en una sociedad socialista, la tensión inherente no se encontraba en la supuesta dicotomía entre el individuo y el Estado (un problema tal vez más pertinente en las sociedades del capitalismo monopolista), sino entre ciertas interpretaciones del marxismo científico (sobre todo en tiempos de crisis, asedio y defensa) y las aspiraciones esencialmente humanas de un pueblo consciente de su propio poder. Aunque no era anarquista ni mucho menos, entendía que en cada socialista debe existir cierta dosis de espíritu anarquista para contrapesar las tendencias centralizantes y estatalizantes. Además, el Estado cubano de aquellos años nunca fue el monstruo orwelliano, al verse trastornado constantemente por las transformaciones, las presiones y el mismo desarrollo del pueblo.

Es esta una realidad que sigue teniendo fuerte resonancia en la Cuba de hoy, la que, después de la llamada hecatombe del socialismo, se vio obligada a reconstruirse tras una crisis en la cual el Estado se vio minado, empobrecido, debilitado e incluso cuestionado, pero cuando la Revolución misma, como sentimiento, experiencia y proceso, se vio salvada por el colectivismo, la solidaridad, la lealtad masiva y el compromiso de un

pueblo que la valoraba todavía. La sobrevivencia de esa Revolución constituye la verdadera victoria de las condiciones subjetivas sobre la realidad objetiva, parafraseando otras palabras del Che.

Delia Luisa López: En la década de los 60 nos llegaba la apología del socialismo, más que su análisis objetivo. La literatura marxista más difundida y «consumida» la constituían los manuales de filosofía y economía política, además de los documentos programáticos de los Partidos de los países socialistas de Europa oriental, cuyos contenidos contribuyeron a empobrecer y dogmatizar el pensamiento marxista, y a paralizar, de hecho, la práctica revolucionaria.

Al contrastarse aquel pensamiento y realidades con los nuestros, se generalizó el estudio y debate de los textos originarios del marxismo, y se develó su carácter de teoría social, cuya metodología era «una guía para la acción». Durante aquella primera década, se funda el pensamiento marxista de la Revolución cubana, en el que se destaca el papel singular de Fidel Castro y otros miembros de la vanguardia, especialmente el Che. Entre sus aportes teóricos, pueden mencionarse los expuestos al calor de la polémica económica que sostiene —defendiendo su novedosa concepción del Sistema Presupuestario de Financiamiento— con pensadores de talla internacional como Charles Bettelheim y Ernst Mandel, así como con otros cubanos alineados con estos, quienes apoyaban la tradicional estrategia socialista de desarrollo.

Redactado antes de marchar hacia África, en 1965, «El socialismo y el hombre en Cuba» recoge una síntesis problematizadora acerca de la transición socialista, escrita con un lenguaje directo, sencillo y bello.

La caída del socialismo en Europa oriental (por cierto, también vaticinada por el Che, en 1965) dejó variadas consecuencias negativas para el mundo de hoy, sobre todo en el escenario de las fuerzas políticas a escala internacional. Al mismo tiempo, puso en el orden del día el nuevo abanico de circunstancias prácticas (y sus correlatos teóricos) que se estaban abriendo. Para muchas mujeres y hombres del mundo explotado que intentan una alternativa revolucionaria, se planteó la necesidad urgente de volver a Marx, a Lenin y al Che, para reevaluar los modos de transitar revolucionariamente al socialismo en las cada vez más complejas condiciones del mundo actual. Ir más allá de la simple lectura de «El socialismo y el hombre en Cuba», para profundizar en el debate de los conceptos y problemas que nos propone Che, resulta por tanto imprescindible para la formación de las jóvenes generaciones y, por ende, para el futuro de nuestra Revolución.

Fernando Martínez Heredia: Es inevitable que las cuestiones planteadas en estas preguntas estén interconectadas. Lo mismo sucederá con mis respuestas.

Pido tenerlo en cuenta, porque trataré de no repetirme, escoger asuntos que me parezcan los más atinentes en cada caso y dejar que las respuestas se complementen. Lo que pide esta primera pregunta —que podría ser la última— hace obvio el problema, porque las respuestas a las demás atañen a lo que ella demanda.

«El socialismo y el hombre en Cuba» constituyó el ápice conceptual de la posición revolucionaria cubana en uno de los momentos decisivos del siglo xx: la segunda ola de revoluciones que desafiaron al orden establecido y trataron de lograr la liberación de las personas y las relaciones sociales. La primera estalló en 1917 y fue sobre todo europea y anticapitalista, aunque sus consecuencias fueron mundiales. La segunda tuvo su teatro principal en el llamado Tercer mundo, combinó la liberación nacional con la lucha anticapitalista, y se vio obligada a alejarse de la nueva forma de dominación a nombre del socialismo en que se había convertido el comunismo soviético.

Los hechos impensados y los cambios formidables sucedidos durante la insurrección y en los primeros años del nuevo poder urgieron al pensamiento de la Revolución cubana a formularse y desarrollarse con independencia y audacia. Tenía a favor la acumulación cultural de un dinamismo económico y social integrado al capitalismo mundial y un neocolonialismo avanzado, un siglo de densa historia política e ideológica que incluía tres revoluciones, unas ideas fortísimas, y muy compartidas, de patriotismo ligado a radicalismo popular, liberación nacional y justicia social, y de considerar la nación cubana como un proyecto inacabado, frustrado o traicionado, que había que realizar. Esa cultura generó y arraigó en Cuba las ideas del antimperialismo, la democracia como soberanía popular, la violencia revolucionaria como camino necesario y eficaz, y el socialismo como un poder revolucionario sobre los recursos y las instituciones del país, erigido para servir al pueblo. Las prácticas insurreccionales y del poder y los cambios revolucionarios potenciaron esas ideas y multiplicaron una y otra vez a sus practicantes.

Al ser la Revolución socialista, de liberación nacional, y necesariamente antimperialista, comunista e internacionalista por sus realidades y sus proyectos, asumió el marxismo y debía servirse de él. Pero la corriente dominante en aquel momento era una mezcla de más de dos décadas de una profunda, dogmática y dictatorial desviación, abandono y manipulación del marxismo originario, el leninismo y otros aportes al marxismo, con un predominio más reciente del pragmatismo y el reformismo que siempre acompañaron a lo que de manera insuficiente se ha llamado estalinismo, en nombre de su superación. Se ensayaban a la vez la «coexistencia pacífica» y la «vuelta

a Marx», el «humanismo» abstracto y las «reformas económicas». Muy dependiente de la Unión Soviética o de una historia de deformaciones, este marxismo no podía dar mucha luz ante las revoluciones del Tercer mundo y sus problemas, las descolonizaciones o la reformulación del imperialismo entre 1945 y los años 60, ni ante las naturales diferencias implicadas en la mundialización del socialismo —que incluían crecientes divergencias entre China y la URSS—, ni ser útil a los que participaban en las nuevas protestas y rebeldías, y necesitaban teorías, conceptos y métodos para actuar.

Lo más complicado en el caso de Cuba, enfrentada al imperialismo norteamericano, consistía en que la URSS era un aliado imprescindible que tenía, por su parte, un gran interés en serlo. Y combinaba su enorme poderío y su rivalidad con los Estados Unidos con el prestigio ganado por su heroico protagonismo en la lucha contra el fascismo, el hecho de ser la heredera de la gran revolución bolchevique, y el liderazgo, control o influencia sobre la mayor parte del movimiento comunista mundial y de la producción de marxismo. Era normal entre los revolucionarios y personas avanzadas en el mundo reconocer, en mayor o menor medida, a la URSS, y para la mayoría de los militantes y simpatizantes comunistas era el referente externo principal.

El pensamiento revolucionario cubano de los años 60 tuvo entonces que enfrentar esa situación, y para lograrlo fue a la vez ortodoxo y hereje, creativo y rebelde. Fidel y el Che fueron sus máximos exponentes, y el Che fue quien más lejos llegó en elaboraciones conceptuales. «El socialismo y el hombre en Cuba» es la pieza clave que expone cuestiones fundamentales de aquella posición; sintetiza los rasgos de la Revolución y su proyecto, y propone una concepción marxista de la transición socialista de extraordinario alcance, a la altura de los nuevos desafíos y con el carácter trascendente respecto a su circunstancia que tienen los grandes productos del pensamiento. Esta concepción puede ser de un peso y una utilidad invaluable en la actualidad, pero es necesario recuperarla, después de los avatares de estas cuatro décadas.

Isabel Moya Richard: Este artículo hay que leerlo y analizarlo teniendo en cuenta el momento histórico en que fue escrito. Sin embargo, en mi opinión, su trascendencia y vigencia principal reside, precisamente, en que sitúa al ser humano como centro del proceso revolucionario y de la nueva sociedad que se pretende erigir.

En los años 60, el planteamiento de Guevara resultaba una revalorización del humanismo marxista que había sido bastante distorsionado por la visión estalinista de la construcción del socialismo. El Che ya había señalado en 1963: «El socialismo económico sin

la moral comunista no me interesa. Luchamos contra la miseria pero luchamos al mismo tiempo contra la alienación.» En este sentido coincide con Rosa Luxemburgo, que postulaba que el socialismo no era solo un asunto de cuchillo y tenedor, sino una profunda transformación cultural. Esta centralidad del individuo en el proceso social le viene además a la Revolución cubana desde el pensamiento de otro de sus principales inspiradores: José Martí.

Hoy, cuando se analizan los programas de la Revolución nacidos o impulsados como parte de lo que se ha dado en llamar la Batalla de ideas, la concepción humanista que el Che reivindicaba continúa tipificando al proceso cubano. Ya no se trata solo de brindar oportunidades para todos, como en los primeros años, sino de profundizar en las posibilidades a nivel individual de aprovechar esas oportunidades y, por tanto, diseñar políticas que tengan en cuenta la diversidad.

Graziella Pogolotti: «El socialismo y el hombre en Cuba» es un texto sobre el cual he regresado en más de una ocasión, desde el momento en que se publicó. Cuando circuló ampliamente en forma de libro, tuvo una enorme repercusión por más de un motivo. La reflexión del Che tenía como base no solo su análisis teórico, conceptual, acerca del socialismo, y su conocimiento de otras experiencias socialistas; sino también tomaba muy en cuenta la suya personal, tanto en la breve etapa posterior al triunfo de la Revolución como en la previa de la lucha guerrillera.

La obra del Che tiene que ser entendida en su conjunto. Este ensayo se articula con sus trabajos anteriores sobre la lucha guerrillera, y también con sus textos testimoniales, recogidos después en *Pasajes de la guerra revolucionaria*. De lo que se trata es del requerimiento indispensable que plantea, junto a las transformaciones económicas y sociales, la necesaria construcción de un sujeto que tiene que ser participe y protagonista de la historia; pero que también se va haciendo a través de ella, en una relación dialógica. Esta preocupación se articula con su experiencia anterior, durante el proceso de formación de los hombres que participaron en la guerrilla, y también con el acento que puso el Che en los llamados estímulos morales. Todo esto se vincula, además, con el espíritu de permanente superación de los participantes.

Esta reflexión, que resultó muy impactante en el momento en que el Che la formuló, tiene una vigencia todavía mayor en el momento actual. En aquella coyuntura de los años 60, no era todavía previsible la actual manipulación del individuo en el contexto capitalista, en tanto consumidor de una información, de un mensaje, que se le trasmite a través de los medios de difusión. La experiencia posterior confirma ese punto

«El Estado se equivoca a veces. Cuando una de estas equivocaciones se produce, se nota una disminución cuantitativa de cada uno de los elementos que la forman, y el trabajo se paraliza hasta quedar reducido a cantidades insignificantes; es el instante de rectificar».

de vista del Che, y constituye uno de los problemas que lastró el desarrollo de los países socialistas europeos y contribuyó a acelerar su derrumbe.

Elier Ramírez: En el momento en que se escribió «El socialismo y el hombre en Cuba», recién triunfada la Revolución, había mucha efervescencia revolucionaria. Fue un texto muy importante, que se colocaba en la perspectiva del tránsito al socialismo y en la orientación hacia el comunismo. Muchas de las ideas respondían al contexto histórico que se estaba viviendo; otras tienen mucha vigencia, y siguen sirviéndonos de instrumentos de transformación para el proceso al que todavía estamos abocados.

Es una lástima que este ensayo del Che no sea conocido por muchas personas, sobre todo los jóvenes. Entre las ideas que me resultan aún vigentes, se encuentra la de no utilizar las armas melladas del capitalismo en la construcción socialista. En la vida diaria, pensamos estar en el camino correcto, y muchas veces resulta que estamos equivocados, y reproducimos imágenes e ideas del capitalismo que no se corresponden con los valores del socialismo.

Joel Suárez: El Che subraya el papel del individuo en la sociedad socialista. La sociedad capitalista tiende a aislar a los individuos, que viven sumergidos en sus propios intereses; mientras que en el socialismo se trata de buscar el bien de la sociedad en su conjunto. Resulta fundamental lograr que el sujeto, el individuo, sea un agente activo, que participe constantemente en la propia transformación del sistema de manera consciente, porque muchas veces no lo hace. Es necesario conseguir que el individuo en la sociedad tenga mayor participación en las decisiones, las transformaciones; que desempeñe un papel activo en el propio proceso de tránsito.

Fue un texto que tuvo importancia en los debates en curso en aquellos años, dentro y fuera de Cuba, entre pensadores de la tradición de izquierda, y marxistas. Refleja una cultura de debate que sigue siendo aún inédita o asombrosa entre nosotros. El Che toma posiciones en el campo conceptual, teórico, sin llegar a dar recetas ni formulaciones acabadas, no solo en relación con el tema del individuo, tras el cual está el del humanismo, sino también sobre todo el período

de transición y, en particular, la cuestión económica dentro de esa transición socialista.

A diferencia del estructuralismo althusseriano puesto en boga en aquellos años, y otras zonas del marxismo europeo, así como el soviético, con su expresión más visible y dogmática en los manuales, el Che afirma en este ensayo la centralidad del ser humano.

«El socialismo y el hombre en Cuba» es una carta en la que él responde a algunas interrogantes que le había planteado el semanario *Marcha*, de Uruguay. Él alumbró pistas, adelantó intuiciones, caminos, que siguen siendo muy vigentes, como los de las relaciones mercantiles en la transición socialista, la ley del valor, los estímulos morales y materiales, el papel de la cultura.

Raúl Valdés Vivó: Este texto, en sí excepcional, entra en la leyenda por levantarse sobre el sacrificio del Che. El Che logró unir su pensamiento con su sangre. Los monstruos que lo asesinaron le rindieron el homenaje mayor, al matarlo en una escuela. Más que pensador y guerrillero, fue un maestro.

El texto enseña a hacernos preguntas eternas; de ahí también su vigencia: ¿Qué es la vida? ¿Para qué? ¿Qué se ha hecho a lo largo de la historia? En el texto del Che hay una categoría que falta, la de *pueblo nuevo*. La Revolución multiplica los hombres nuevos que la hicieron posible, los que piensan en un *nosotros* más que en un *yo*, al tener un mínimo de egoísmo, vanidad, individualismo, aunque sea una personalidad propia. Si el socialismo se ve como un río es el pueblo nuevo. Para no traicionarse tiene que defender el derecho a existir de cada gota, que encierra cuanto ese río es. Cada gota es un rostro, es un carácter, es alguien igual a otros en formar el caudal del río, del pueblo, pero diferente. El Che defiende ese concepto, que él encarnó a plenitud. Fue líder y masa.

Los hombres no sabían lo que querían para ser ellos mismos, lo saben a partir de las teorías revolucionarias, que nacieron en el antiguo Occidente y el antiguo Oriente y la antigua América. Pero esas tres fuentes, y la africana, no se hicieron una sola. Faltó la memoria única del género humano. La humanización del hombre cobra plenitud con Bolívar, Marx, Martí, Lenin y sus continuadores. Uno de ellos, un cometa en el cielo de la historia, es el Che.

El poder del pueblo tiene que llevarlo a ser el jefe de la Revolución. Tenemos ya miles de hombres nuevos,

pero una gran masa que es revolucionaria en cuanto apoya y sigue a esa vanguardia, no está en voluntad ni en conocimiento a la altura de esa vanguardia. Esta vanguardia es a la que llamamos *capital humano*.

Hay una minoría que es el hombre del pasado. Decirle viejo porque tenga viejas ideas puede confundir con la cuestión de la edad. Hay jóvenes con ideas viejas, y eternos jóvenes del alma. Un Che de 90 años sería el mismo de cuando viajó en motocicleta por los Andes y combatió en Santa Clara, impulsó el trabajo voluntario, criticó toda negación tanto del hombre como de la masa, peleó en el Congo. Esos hombres del pasado forman las piedras que se oponen al curso libre del río, y las quiere potenciar el enemigo: ladrones, vagos, indiferentes, ambiciosos.

La unión de la vanguardia y la masa revolucionaria forman el pueblo nuevo, que comenzó a gestarse desde el Primero de Enero de 1959. Marx habló de hombre nuevo como producto del comunismo, el hombre nuevo del Che es también producto pero, sobre todo, constructor.

Juan Vela Valdés: Cuando se publicó «El socialismo y el hombre en Cuba», la Revolución estaba en una fase todavía incipiente. La cultura política nos llegaba a través de los discursos de Fidel, el Che, Almeida, Raúl y otros dirigentes de la Revolución. Pero no teníamos todavía una verdadera cultura política. Muchos jóvenes habían empezado a pasar las Escuelas Básicas de Instrucción Revolucionaria (EBIR), y se estaba produciendo una confrontación muy grande con el imperialismo. Yo estudiaba en la Escuela de Medicina en aquel año 1965. Cuando inicié mis estudios, en octubre de 1962, estalló la Crisis de Octubre, de manera que sacamos los cadáveres que se usaban para las prácticas de laboratorio y entramos las piezas de artillería. De ochocientos alumnos que ingresamos ese año, quedamos solo cuatrocientos; los restantes dijeron que ellos iban a estudiar medicina, no a hacerse artilleros. Y no estudiaron medicina, porque nosotros los depuramos. Era una confrontación de clases muy violenta. En un primer momento había sido un anatema ser comunista. Mucha gente decía: «yo soy fidelista, no comunista, y los que están echando a perder esta Revolución son los comunistas». Aprovechándose de esos prejuicios, de los sentimientos del pueblo cubano y de su historia, se afirmaba que el comunista era un hombre que no quería a su mujer ni a sus hijos, que no tenía amor, ni patria.

Para nuestra generación, el Che era un hombre de mucho coraje, fiel a la Revolución y a Fidel, un luchador incansable, intransigente con lo mal hecho, y con un gran carisma dentro de la población, que lo aceptó como un cubano. Era un intelectual que pudo unir varias cualidades: la alta labor intelectual, las tareas físicas y la

de guerrillero. Leía mucho, incansablemente. En el momento en que sale este artículo, nos ayudó extraordinariamente en nuestra lucha política. Él tocaba los temas de la educación, el trabajo voluntario, el papel del Partido, la juventud, el arte, y tuvo una significación importante. Por ejemplo, lo usamos mucho en la campaña contra el fraude académico en las universidades, porque decíamos que esta era una tara de la anterior sociedad, cuando la gente era fraudulenta, deshonesto.

La situación actual resulta completamente distinta. Los padres de los jóvenes que recibimos hoy en la Universidad no habían nacido cuando el triunfo de la Revolución, ni pueden decir cómo era la Cuba prerrevolucionaria. Por eso es necesario seguir estudiando la obra del Che. Muchos de los problemas de hace cuarenta años también existen ahora. Aunque no se carece de cultura política, ni vivamos en un mundo bipolar, sí hay que retomar los elementos de juicio del Che, volver a criticar los intentos de construir el socialismo con las herramientas del capitalismo —camino que conduce al fracaso, como probaron las experiencias de la URSS y Europa del Este. Si bien Cuba es una isla, sigue recibiendo la influencia de ese mundo exterior capitalista. Aún estamos construyendo la sociedad socialista, no hemos llegado todavía a un socialismo floreciente, aunque los hombres, los jóvenes de ahora, ya sean totalmente distintos.

Daybel Pañellas: *Uno de los temas centrales del ensayo del Che es la relación masa-vanguardia. Al referirse a la dialéctica entre ambas partes, de un lado señala que la vanguardia debe educar a la masa; de otro, apunta: «Sin embargo, el Estado se equivoca a veces. Cuando una de estas equivocaciones se produce, se nota una disminución cuantitativa de cada uno de los elementos que la forman, y el trabajo se paraliza hasta quedar reducido a cantidades insignificantes; es el instante de rectificar?». ¿Cómo aprecia —a la luz de la experiencia histórica posterior— la importancia de este planteamiento para la construcción de una democracia socialista, y para la posibilidad de rectificación de errores en el sistema?*

Carolina Aguilar: Muchas veces hemos tenido que rectificar errores. El Estado socialista se caracteriza por ese rasgo, pues se nutre de la opinión y de su vínculo con las bases, a diferencia del Estado burgués. Este fue uno de los errores del campo socialista europeo: la ruptura entre las necesidades e inquietudes sentidas por el pueblo, y la orientación del Estado revolucionario. Por ejemplo, cuando Fidel, el pasado 8 de marzo, habla con las mujeres sobre las ollas a presión, el problema energético, y todo lo demás, lo que hace es convertir las necesidades sentidas de la gente en una política de Estado. La cotidianidad en Cuba se ha hecho política; lo cotidiano y lo personal se hacen temas políticos en este Estado.

Pero también el Estado se ha equivocado en sus estrategias. Recordemos la consigna «los diez millones

van», en la zafra azucarera de 1970; o la introducción de determinadas categorías mercantilistas en el fenómeno de la conducción de la economía, que se criticó a mediados de los años 80. Hay conceptos y estrategias que sirven en un momento, y en otros se hacen obsoletos, y hay otros que están errados desde su concepción. Ahora bien, la cualidad del Estado socialista es la dialéctica, la capacidad de volver a pensar. Muchas situaciones de nuestra vida cotidiana se repiensa por el Estado. Lo están demostrando nuestro Partido y nuestro gobierno.

El concepto de vanguardia se quedó atrás. Fue objetivo y necesario en su momento; pero ¿quién es la vanguardia en este país ahora? El dominio de la ciencia y la técnica, y sus promotores principales. Sabemos que el futuro es de la ciencia y la técnica; el dominio de la política, de las ideas, es el esclarecimiento de las posiciones. Las posiciones estratégicas son inviolables. El sentido de cultura nacional e independencia nacional, en momentos de neoliberalismo, resulta vital; si no, dentro de poco tiempo estaríamos en el estómago del imperialismo.

La Batalla de ideas, que no debe convertirse jamás en un dogma, significa que las ideas son las que pueden ocupar el lugar de la vanguardia.

Randy Alonso: Lo que dice el Che sigue estando vigente en nuestra concepción del socialismo, y ha estado presente en estos cuarenta y cinco años de la Revolución. Ha habido una vanguardia organizada, que ha tenido que curtirse en la batalla, todos los días, contra el enemigo más poderoso de la historia. Esta situación la ha obligado a prepararse mejor, así como al pueblo, para librar un combate que empezó por las armas, pero que hoy se desarrolla, sobre todo, en el campo de las ideas. Esa interrelación está en el centro de lo que apuntaba el Che.

En este contexto, actúa una vanguardia que debe enfrentar tareas, responsabilidades, y está compuesta por seres humanos que pueden equivocarse. Al dirigir un sistema que se está creando todos los días, da pasos de tanteo, avanza, y también comete errores. La Revolución ha tenido sus momentos de autoevaluación de rumbos equivocados. El Primer Congreso del Partido fue un momento de análisis del idealismo de la Revolución, de la utopía de alcanzar el comunismo sin haber pasado por la etapa de construcción del socialismo. Después, en los años 80, la política de la rectificación estuvo dirigida al problema sobre el que alertó el Che: construir el socialismo con las armas del capitalismo e introducir mecanismos capitalistas en medio de la construcción económica. Después tuvimos que rectificar sobre lo mismo, al tener que utilizar esos mecanismos del capitalismo para poder sobrevivir en medio de una circunstancia tremenda, la del Período

especial. La Revolución siempre ha tenido que reinventarse sobre esa base, con la enorme posibilidad —que ha sido la virtud de su principal vanguardia— de saber enfrentar esos errores y desvíos, de atajarlos, debatirlos, analizarlos, gracias a la autoridad moral de que goza.

El Che alertaba sobre el papel de la vanguardia en olfatear y debatir; así como sobre el papel del pueblo como participante en sus organizaciones, sus estructuras de gobierno, sus asambleas sindicales. Si hay un país donde la gente dispone de diversos lugares para expresarse es este, por el grado de organización logrado en la sociedad, el nivel de participación, lo cual no quiere decir que sea perfecto, ni que toda la gente se sienta cómoda o con el valor para hacerlo en todos los escenarios. Pero hay espacios para esa participación popular, y no pocas de las cosas que la vanguardia adopta parten de ese propio reclamo del pueblo. Fidel ha dado muestras de cómo conoce al dedillo las opiniones populares, qué temas preocupan a la gente, cuáles son los criterios sobre uno u otro proyecto. Hay una identificación de esa vanguardia con la opinión popular; y a la vez, un sentido de educación de esa vanguardia hacia esa opinión.

Hay errores que subsisten y se arrastran; pero, en lo estratégico, la vanguardia revolucionaria ha sabido reinventar la Revolución por sobre los errores que la propia Revolución ha cometido. En la práctica, la cuestión pasa por el individuo que está al frente de cada decisión y de cada asunto. El socialismo no es una abstracción, sino la suma del pensamiento colectivo y las individualidades que hacen ese pensamiento, lo llevan a la práctica y lo recrean. De ahí nacen los aciertos y también los errores.

María del Carmen Ariet: Esta cita resulta muy manida y constantemente interpretada. Para entenderla, es preciso ubicarse en quién era el Che. No era un politólogo y, por lo tanto, no se movía en categorías puramente teóricas. Conocía los problemas de un Estado que no había tenido, a lo largo de su historia, sintonía ni comunicación con el pueblo, por eso usa esa metáfora de que «Fidel y la masa comienzan a vibrar». En aspectos como los estímulos morales y materiales, no niega en absoluto la importancia de lo material. Simplemente apunta que es necesario aprovechar la efervescencia, la pureza de un momento determinado. En la sociedad actual, las dinámicas cotidianas no son las mismas que en aquellas circunstancias.

Afirmaba que había que romper la santísima trinidad existente en el socialismo, la misma que se implantó aquí. Esa santísima trinidad estaba formada por el Sindicato, el Partido y la Administración —fusionados los tres, sin que mediaran discusiones. Para

él, cuando esa fusión se producía, se interrumpía la polea de contradicción, concatenación, crítica y debate que debía existir entre las partes. Estaba pensando fundamentalmente en los obreros. Esta santísima trinidad puede estar presente en cualquier estructura, lo mismo hacia abajo que hacia arriba. Si se quiere construir una sociedad diferente, se requiere esa interrelación dialéctica.

Aquí hemos tenido un mismo liderazgo, basado en la convicción real del valor de Fidel como líder de esta Revolución. A pesar de los vaivenes, nunca la masa ha dejado de respetar a la vanguardia, concebida y, sobre todo, materializada y personalizada en su líder. No siempre ha salido airosa esta vanguardia en términos de algunos otros cuadros de dirección. Un ejemplo que está en la calle y del que se habla constantemente es el de la corrupción y las ilegalidades. La gente comenta que un gerente se hizo millonario. Pero está claro que en la vanguardia eso no sucede. Tenemos una historia de poder, de gobierno y de Estado, que simboliza esa expresión. En primer lugar, el liderazgo de Fidel, así como la dirección de esa vanguardia, su sello y los valores que ha transmitido a través de generaciones, se mantienen. Los miembros de esa vanguardia saben que si se desvían, no pueden estar ahí. Se puede ser más o menos inteligente, se pueden cometer errores o no, aceptar una línea u otra, pero hay principios que no se han violado hasta el día de hoy, y eso es muy importante.

Frei Betto: Siempre se habló en términos de «masa» y «vanguardia», pero nunca se definió en qué consiste una u otra. ¿Qué es la vanguardia? ¿Un grupo de intelectuales que se considera con el derecho de dirigir, porque conoce la literatura marxista? Para mí, *masa* es el pueblo inorgánico; *pueblo* es la masa organizada en movimientos sociales; y *vanguardia* es el liderazgo que surge de ese pueblo en el proceso social. Por tanto, la vanguardia emerge de la lucha popular. Cada vez que un grupo de «luminados» ha pretendido, viniendo de afuera, dirigir un movimiento social, ha tenido graves errores.

Desde mi punto de vista, la democracia socialista exige una permanente fiscalización sobre el Estado y el Partido. Sin control popular, esas instancias corren el grave riesgo de colocarse por encima del pueblo, de la sociedad, verticalizando y, por tanto, elitizando el proceso social. Rectificar es colocar las cosas en el orden debido: la persona precede al Estado, al Partido, a las instituciones. Solo la persona es irreductible en su dignidad.

Atilio Borón: La relación vanguardia-masa es uno de los grandes problemas del pensamiento y de la práctica del socialismo. Resulta clave la afirmación del Che en el sentido de que hay una especie de bidireccionalidad entre ambos términos. El Estado no puede llegar a

sustituir a las fuerzas sociales, que son las verdaderas protagonistas de toda esta historia. La posibilidad de rectificación por parte del Estado tiene que ver con la capacidad de su organización política para captar el sentimiento, las iniciativas, las aspiraciones de las masas. Los estudiosos de los Estados contemporáneos coinciden en que hay una especie de esclerosis en estos, que les impide captar el sentir de la gente. El Che expresa que hay una deformación en los Estados, el burocratismo, que termina taponando las posibilidades de expresión popular. Este problema aqueja a todos los países del mundo, sean capitalistas como Argentina, o socialistas como Cuba. Por ejemplo, en el aeropuerto de La Habana resulta un problema sacar las valijas de la aduana en un plazo razonable; se trata de una expresión patológica de burocratismo.

La pregunta del Che tiene mucha actualidad: ¿qué capacidad tienen los Estados para autorrectificarse? Soy un poco pesimista, pues creo que estos tienen pocas capacidades de rectificar y de aprender. Hay una inercia estatal, una especie de compulsión a la repetición, como dirían los psicoanalistas. Los Estados son instituciones fuertemente conservadoras, con rutinas establecidas, jerárquicas. Por más que haya una especie de impulso y de contradicción por parte de las fuerzas sociales que quieren innovar, se encuentra una presión contraria institucionalizada, que propende a mantener lo que está. Si se cuenta con un líder excepcional como Fidel, las probabilidades de que el Estado rectifique son mejores; si se trata de uno como Aznar, las posibilidades de aprendizaje estatal son mucho menores. Si a Cuba la hubiera sorprendido el desplome de la Unión Soviética con un liderazgo que no tuviera esa capacidad enorme de repensar, volver sobre sus pasos y rectificar que tiene Fidel, el curso de la Revolución cubana hubiera sido mucho más problemático.

El Che plantea la necesidad de problematizar el vínculo vanguardia-masa y la mediación necesaria del Estado, sin caer en un estatismo estúpido, insostenible. Al mismo tiempo, no se debe incurrir en la ingenuidad de pensar —como dice mi amigo John Holloway— que ya podemos prescindir del Estado y que se puede iniciar un proceso revolucionario sin contar con él. Eso no es una utopía, sino una quimera.

Me imagino que el planteamiento del Che debe haber estado influido por su observación atenta de lo que estaba ocurriendo entonces en China. A la luz del desarrollo histórico, la Revolución Cultural china, que a muchos nos asombró y a otros los espantó —el año próximo se cumplen cuarenta años de aquel proceso—, puede explicarse por una cierta lógica, centrada en el llamado de Mao a evitar la burocratización de la revolución. Aquel proceso no fue un episodio personalista, sino un proceso con raíces mucho más

profundas. Sin querer emparentar la Revolución Cultural china directamente con el pensamiento del Che, sí coincide con la tentativa de Mao de evitar el anquilosamiento de una revolución que corría el riesgo de ser devorada por el Estado.

Orlando Borrego: La cuestión de la relación vanguardia-liderazgo y la participación de las masas es de gran importancia, aunque puede dar lugar también a una dosis de demagogia.

Un problema que se plantea en nuestro socialismo, desde el principio, es el de la disciplina laboral. Las propias masas, explotadas por el sistema anterior, una vez que toman el poder y eliminan la propiedad privada, no siempre son capaces, en una primera etapa, de defender sus propias conquistas y cumplir con sus deberes de la forma en que lo reclama el nuevo sistema. Se sienten libres, y en lugar de rendir con eficiencia al interés social, no lo hacen. Debido a este problema, hubo que educar y discutir mucho. Fidel fue siempre el principal educador de las masas.

En cuanto al papel de la vanguardia, diría que la cuestión fundamental es el ejemplo del dirigente. No es solo sobre la base del discurso y la oratoria que se van a resolver los problemas, ni lograr un alto grado de conciencia y nivel de participación. El ejemplo, generalmente, vale más. Uno de los factores que sostiene a la sociedad socialista cubana ha sido el papel de Fidel, que ha sido, al mismo tiempo, educador y ejemplo.

Sin embargo, se juega mucho con el término de democracia socialista, como si todo hubiera que discutirlo, y eso es falso. Cuando, por ejemplo, en una fábrica se ha establecido un plan estratégico, de acuerdo con ciertas tecnologías automatizadas y regulaciones predeterminadas, resulta absurdo pedirles demasiadas opiniones a los trabajadores sobre esos programas, pues los que dirigen saben bien que no es posible cambiarlos. La participación y la democracia consisten en convencer a los trabajadores de la importancia de su deber social, de que deben alcanzar un nivel de productividad y calidad en las tareas.

Se impugna constantemente la centralización y el poder del Estado. Ese es un juego peligroso. Después de tantos años de socialismo, el Estado no se ha eliminado y el capitalismo cada vez lo fortalece más. Ciertamente, hace falta más independencia en la gente y más participación, pero ese es un proceso gradual. Por eso, hoy estamos dedicados a la rectificación de las fallas del sistema.

Boaventura de Sousa Santos: Una vez más, me parece que el Che teme las consecuencias de la reducción de la acción política a una polarización jerárquica entre líderes y masas.

Consciente de esta jerarquía y de los mecanismos creados para mantenerla, teme que las masas no puedan actuar eficazmente como elementos activos en la construcción política. El problema es muy serio, porque lo que distingue a la democracia socialista de la burguesa es que debe centrarse en la participación, aun si incluye formas de democracia representativa (o sea, la vieja cuestión de la diversidad de los partidos del pueblo). Como no hay democracia participativa sin participación autónoma —autónoma en la organización y en la decisión—, el concepto de masas se torna muy problemático.

Antoni Kapcia: Desde luego, la relación masa-vanguardia fue siempre fundamental en el pensamiento del Che, con referencia particular a la posibilidad y la teoría de la revolución latinoamericana. Sin embargo, el Che también reconocía que era fundamental para cualquier discusión y para cualquier teoría de la democracia socialista; algo que entendía no por haberlo estudiado en libros y manuales, sino además, y de modo más importante, por su experiencia personal, a partir de una Cuba donde la masa había educado a la vanguardia, tanto como la vanguardia a la masa. Era trascendental esa experiencia, ya que él veía que esa característica muy particular no se reflejaba en todas las sociedades del bloque socialista que conocía, donde a veces la vanguardia de otros años se había burocratizado hasta el punto de perder alguna parte de su ímpetu revolucionario, debilitando así el vínculo orgánico y necesario con la masa y convirtiendo a esta en objeto, en vez de sujeto. Lo que se ve con toda claridad en el pensamiento del Che es su conciencia de que la masa es más que una aglomeración objetiva, creada por el proceso inevitable de la historia, y que está compuesta por seres humanos que padecen, piensan, actúan y se unen para cambiar su propia historia.

Aquí radica la tónica de este texto: en su afirmación de la humanidad esencial del socialismo y de la revolución, y, dentro del proceso revolucionario, del papel fundamental de la conciencia. Para el Che, hablar de conciencia significaba hablar de seres humanos, como individuos y en colectividad. Por eso reconocía que una sociedad a la cual le falta la relación recíproca entre masa y vanguardia no puede rectificarse fácilmente, puesto que carece de las presiones orgánicas y las formas de expresión democráticas para poder impulsar la rectificación. De algún modo, lo que se veía en algunas partes de la Europa socialista durante los años 80 indicaba la petrificación de esa relación y la pérdida de mecanismos orgánicos para corregir los errores de la vanguardia.

Sigue teniendo resonancia profunda esa afirmación en la Cuba de hoy. Dos de los efectos de los primeros años de la crisis de los 90 fueron el crecimiento de

Daybel Pañellas Álvarez

impulsos individualistas en la sociedad cubana y la aparición de cierto proceso de fragmentación de la anterior cohesión social. Contra estos efectos había que reconstruir una nueva visión de la sociedad socialista, tomando lo mejor del pasado —en particular las experiencias de los primeros años del proceso revolucionario— y a la vez desarrollando nuevas perspectivas de la relación entre el Estado y el ciudadano. Los que realmente conocen la realidad cubana saben bien que, lejos de ser el sistema monolítico que pintan algunas interpretaciones externas, se ha caracterizado siempre, y ahora más que nunca, por el debate permanente a todos los niveles y en todos los mecanismos de la participación. Esta realidad ha contribuido, en gran parte, a la búsqueda de soluciones a los varios problemas y errores que haya afrontado la Revolución.

Delia Luisa López: El tema de la democracia socialista contiene, entre otras muchas importantes aristas, la de la participación, que también recorre de punta a cabo las concepciones de Che sobre el socialismo. La participación es, para él, la característica distintiva de la democracia socialista, aunque no utilizara a menudo este término.

Identifico dos momentos del proceso histórico de la Revolución en los que la participación popular estuvo afectada: en 1962 y en los años 80. En 1962, la vanguardia revolucionaria enfrentó la problemática política que con posterioridad se conocería con el nombre genérico de sectarismo. En este período, el Che alertó de forma continuada sobre la desvinculación que se había producido entre los organismos directores de la producción a escala nacional y los obreros de todos los sectores. En la clausura del Consejo de la CTC, el 15 de abril de 1962, afirmó: «para satisfacer intereses personales, se había establecido en todos los ámbitos del país como un vicio nefasto, que tenemos de todas maneras que desplazar, *la separación de las masas, el dogmatismo, el sectarismo* y cómo todo esto hacía que estuviera avanzando sobre nosotros *el burocratismo*, en que había una evidente separación entre la masa obrera y los organismos productivos». Aníbal Escalante, proveniente del Partido Socialista Popular, fue el máximo responsable de esta nefasta política, que constituyó uno de los momentos más difíciles de la naciente Revolución.

Otro momento de desvinculación vanguardia-masa —como diría el Che— fueron los años de aplicación del Sistema de Dirección y Planificación de la Economía (SDPE), especialmente el primer lustro de los 80. Entre 1976 y 1986, fueron implantados mecanismos monetario-mercantiles en la economía, así como se instauraron, en las instituciones políticas, prácticas y métodos provenientes de Europa oriental —alejados

de la idiosincrasia de nuestro pueblo y de las nuevas formas de hacer política inauguradas por la Revolución— que influyeron negativamente en la democracia cubana. La Rectificación, como se llamó al proceso posterior de paulatino desmantelamiento de aquellas prácticas e ideología, pudiera haberse convertido en un importante proceso de profundización y actualización del pensamiento marxista originario de la Revolución cubana, pero la desaparición del socialismo en Europa oriental y el desmembramiento de la Unión Soviética (1989-1991) hundió a Cuba en la crisis económica más profunda de su historia revolucionaria, por lo que la rectificación se pospondría.

No obstante, merecen mencionarse otros momentos de reevaluación ideológica. En 1987, Fidel Castro instaría a estudiar y aplicar de nuevo la obra del Che. En 1990, cuando se elaboró y discutió masivamente el Llamamiento al IV Congreso del PCC, se analizaron y debatieron planteamientos muy críticos sobre la sociedad cubana de entonces. Más recientemente, el proceso social e intelectual conocido como Batalla de ideas, iniciado en el año 2000, se ha convertido en una de las más importantes políticas revolucionarias, con interesantes propuestas políticas y sociales, sobre las que valdría la pena extenderse.

Fernando Martínez Heredia: En el pasaje del que se tomó la cita de esta pregunta, el Che analiza la actuación masiva, rasgo decisivo en la etapa que siguió al triunfo revolucionario. La confianza con que las masas siguen a Fidel y demás líderes, escribe el Che, se debe a que estos interpretan cabalmente los deseos y aspiraciones del pueblo, y luchan sinceramente por cumplir lo que prometen. No es incondicional, explica, y recuerda el caso de la política sectaria en 1961-62. A mi entender, la reflexión trascendente que hace es la de que falta una conexión más estructurada con la masa. El análisis fuerte de la cuestión lo efectúa varias páginas más adelante, cuando define a la vanguardia, su carácter plural, por qué resulta necesaria, sus funciones, los requisitos sin los cuales no se es vanguardia, y afirma que la dictadura del proletariado se ejerce también, a escala de los individuos, sobre la clase vencedora. Y en dos páginas luminosas expone sus ideas acerca de la organización social en la transición socialista y los elementos esenciales de una formación liberadora de los individuos, desde las condiciones y los problemas reales de los países que hacen las revoluciones, y la necesidad de que la lucha sea por el comunismo, y no por menos.

El gran enemigo interno de las experiencias socialistas del siglo xx ha sido la progresiva expropiación del poder popular por el poder de grupos en nombre del socialismo. La repetición, en las transiciones socialistas, de formas de dominación del capitalismo, en lo político, ideológico y económico, forma parte de

una adecuación a las insuficiencias de las sociedades y los países para la realización del proyecto liberador, como si ellas fueran el límite infranqueable, y no la realidad y la reproducción de la vida que es obligatorio violentar, para crear una nueva realidad y una nueva cultura. Forma parte de la incapacidad de superar el horizonte y el entramado cultural del capitalismo que, a la postre, derrotó al llamado «socialismo real», y amenaza siempre a todo proyecto socialista. Aclaro que no puede haber transición socialista sin dominación, pero que ella está obligada a ser radicalmente diferente a la capitalista, y existir bajo el control popular y sobre la base de planear su paulatina, pero decidida eliminación.

Isabel Moya Richard: La Revolución cubana es rehén de su contexto: un país que ha enfrentado durante más de cuarenta años la guerra económica, política, mediática y de agresiones directas de la potencia más influyente del mundo contemporáneo. En estas circunstancias, ha construido una sociedad sin precedentes, en donde los procesos de continuidad, concreción histórica y renovación se articulan coherentemente.

Durante este período se han producido grandes momentos de mirada autocrítica. Podría señalar algunos ejemplos, como el del año 1970, o el de los 80, conocido como Proceso de rectificación de errores y tendencias negativas. Pero más que procesos puntuales, la revolución es cambio constante, y la cubana ha demostrado su capacidad de renovación precisamente en el diálogo constante entre la alta dirigencia del país y el pueblo.

Graziella Pogolotti: No se trata solamente de corroborar este proceso de distanciamiento —en términos de resultados productivos—, sino sobre todo en términos de participación consciente de la masa en el proceso de construcción y, por lo tanto, en su conciencia de protagonismo de ese proceso. Cuando él se refiere al vínculo dirigente-masa, este se expresa en esa suerte de diálogo subterráneo que transcurre en medio de un discurso, y que va del dirigente hacia sus oyentes, pero que sin embargo va siendo coral, plural, por la respuesta que le da esa masa, que no permanece pasiva.

Cuando esa dialéctica entre la vanguardia y la masa se establece de una manera adecuada —más allá de los errores que puedan cometerse, de las circunstancias objetivas, que muchas veces intervienen en los procesos—, las dificultades se van salvando en una práctica cotidiana coherente, que debe existir no solamente en la sociedad en su conjunto, sino también en las instancias más inmediatas de cada cual.

En el fondo, no se trata solamente de salvar errores —lo que, desde luego, es una necesidad impostergable—, sino también de tener una coherencia en la comprensión tanto de los objetivos a largo plazo como de los más inmediatos. En primer lugar, de entender por qué y para qué se hacen las cosas, cuáles son las circunstancias que están presentes en cada momento, y de qué manera se pueden ir adaptando estos propósitos generales, y se pueden ir también venciendo los obstáculos. La esencia de ese texto está, efectivamente, en la definición del hombre nuevo y en la implicación que tiene esta definición en la construcción del sujeto.

Eliel Ramírez: Durante el proceso revolucionario, surgió una nueva vanguardia, liderada por Fidel Castro y el Movimiento 26 de Julio. Algunos consideraban entonces que el Partido Comunista era el único que podía dirigir la lucha por la liberación nacional. Pero en aquel momento, la conciencia de las masas estaba permeada por toda la propaganda del imperialismo contra el comunismo, y también por algunos errores que había cometido el Partido. Fidel logró convertirse en la vanguardia de esa masa, del pueblo, porque se dio cuenta de hasta dónde llegaban los límites de la conciencia del pueblo cubano. Por eso —aunque era un programa muy radical—, uno busca en *La historia me absolverá* la palabra *socialismo*, y no la encuentra. El propio proceso fue transformando la conciencia de esa masa. Una vez alcanzado el triunfo en 1959, la vanguardia fue educando y haciendo que el pueblo adquiriera una conciencia antimperialista —a la que también contribuyeron las propias agresiones del imperialismo—; pero sin adelantarse a la conciencia ni quedarse muy por detrás. Después de 1959, hubo otros momentos en que se quiso hacer muy rápido el proceso de tránsito, se quiso llegar demasiado pronto al comunismo y se perdió esa relación.

En la medida en que se fue consolidando el proceso revolucionario, surgieron todas las organizaciones de masas que conocemos: los CDR, la FMC, la FEU, etc. Hay que seguir perfeccionando todavía estas organizaciones, porque hay vacíos y problemas que permanecen en algunas de ellas. Pero esa institucionalización sirvió para mejorar la relación entre la vanguardia y la masa. La FEU siguió teniendo, después del triunfo de la Revolución, el papel que a lo largo de la historia de nuestra nación había desempeñado; y hoy es una de las organizaciones de masas que más vínculo tiene con la dirección de nuestra Revolución, con la que más se cuenta a la hora de tomar decisiones importantes y realizar los programas más emergentes. Los estudiantes que forman la Federación Estudiantil Universitaria tienen un papel de vanguardia. En la propia Asamblea Nacional tenemos estudiantes, así como en la dirección de la Universidad. Podemos plantear los problemas que surgen

Daybel Pañellas Álvarez

de los estudiantes, se trata de buscar soluciones y se consultan con la vanguardia de la Revolución.

Joel Suárez: El Che se coloca aquí ante el tema de la participación y el control social. Es decir, cómo los obreros, campesinos, estudiantes, el pueblo que aporta su consenso y su apoyo al proyecto revolucionario, participan consciente y activamente en los procesos de toma de decisiones. Este pueblo va a tener un rol muy significativo, sobre todo en esos años y a lo largo de la Revolución, en la implementación de esas decisiones. Es clave que la gente, consciente y activamente, se constituya en sujeto de los procesos de planificación, de toma de decisiones, así como de evaluación. Esta idea se intuye en la sensibilidad que trasluce el Che cuando describe los mecanismos, y les señala insuficiencias. Está recogida en una metáfora profética, al final del texto, cuando dice que «el esqueleto de nuestra libertad completa está formado, falta la sustancia proteica y el ropaje. Y los crearemos». Ahí está la afirmación clara de que, para el Che, socialismo y democracia no están reñidos. En todo caso, el socialismo, en su permanente perfeccionamiento, tiene que ser un proceso continuo de ampliación de la democracia. No hay recetas a priori. La construcción socialista, si lo es, debe asegurarla.

En cuanto a la rectificación, considera que cualquier expresión formal o institucional que intente proveer los mecanismos eficaces para una relación entre la estructura del Estado y el pueblo, nutriéndose de los acumulados históricos que aportaron las luchas sociales previas debe nacer de la práctica, ser verificada y rectificadas en esa práctica, teniendo como horizonte de juicio asegurar la participación de la gente en los procesos sociales, los productivos y en la toma de decisiones. El Che apunta que el ejercicio de la democracia y de la participación de la gente tiene que incluir no solo el del criterio, sino la toma de decisiones, así como la implementación, y, para mí, la evaluación, como un proceso continuo. Rectificar sería entonces el resultado de ese proceso de evaluación, cuando este indicara que hay cosas que deben ser recolocadas en el rumbo.

Raúl Valdés Vivó: Hombres nuevos hay en el Partido, la UJC, nuestra sociedad civil socialista, el Estado de los trabajadores, pero también en estas fuerzas hay quienes no son hombres nuevos. Son aquellos militantes apáticos, que creen que el deber es cumplir con las tareas que les asignan, estar tranquilos. Están ahí y no hacen daño, pero tampoco evitan el daño. También encontramos en la masa militantes sin carne; afortunadamente hay muchos, verdaderos hombres nuevos.

Tenemos dos realidades, la sociedad y el Estado. Las dos son socialistas, en un futuro no habrá Estado, pero siempre habrá sociedad. El Che señala que cuando el Estado comete un error frena el desarrollo de la sociedad

y lo que cabe es rectificar. Todo el que lucha, como el Partido, el Estado, el pueblo, no puede dejar de cometer errores, por eso siempre debe estar rectificándose. Durante el período de rectificación, descubrimos que el mayor de los errores era pensar que no había errores. El día que digamos que no hay ningún problema, que no hay errores, no habrá vida. Nuestro Estado no está por encima de la sociedad, es una parte de ella, pero en su composición no puede estar todo el mundo, lo que Martí aclaró. Por haber el pueblo todo en la sociedad y una parte suya en el Estado, el Partido es su guía, pero como maestro, y enseñando con el ejemplo; siempre la mejor prédica. En fin, un Che colectivo.

Juan Vela Valdés: En muchas ocasiones, no solo el Estado, sino los revolucionarios nos equivocamos. La Revolución ha tenido pocos errores, tomando en cuenta el contexto histórico en que hemos tenido que desarrollar nuestra lucha. A pesar de esos errores, hemos sobrevivido a diez administraciones norteamericanas, mientras el superpoderoso campo socialista, con sus cohetes estratégicos y capaz de llevar al hombre al espacio sideral, fracasó. Y esto se debió, precisamente, a su incapacidad para formar las nuevas generaciones.

A veces la masa no responde con suficiente celeridad ante determinadas medidas, porque los dirigentes revolucionarios no hemos sabido interpretar adecuadamente los sentimientos, las necesidades y las aspiraciones de esa masa; o porque hemos querido ir demasiado rápido, y todavía la masa no está preparada; o porque no hemos estado a la altura de las masas. Porque en ocasiones, estas pueden ser muy radicales. Cuando hemos tenido equivocaciones en el Partido, Fidel ha lanzado al pueblo para la calle, y este les ha respondido a Fidel y a la Revolución. Pero hay situaciones en que los funcionarios, los dirigentes, nos hemos equivocado. Algunas políticas se han decidido sin contar con todos los elementos de juicio. Construir una revolución es lo más complejo que hay, y más a noventa millas del imperialismo, con un bloqueo de cuarenta y seis años. Esa experiencia no la tienen los chinos, ni los vietnamitas, ni nadie. Pero cuando se cometen errores, la masa no responde de la misma manera.

Uno de los mecanismos necesarios es estrechar vínculos entre dirigentes y dirigidos. Fidel se refiere a menudo a los estados de opinión. Existen mecanismos que indagan en esta opinión, desde la cúspide hasta las comunidades más pequeñas, los centros de trabajo y estudio. Fidel maneja con mucha precisión estos estados de opinión —que también llegan por los organismos de masas, los Comités de Defensa de la Revolución, la Federación de Mujeres Cubanas—, que son poleas de trasmisión, pero también fuentes de succión de ideas surgidas en la base. Este mecanismo permite ejercer la

democracia socialista y poder rectificar errores en nuestro sistema.

Daybel Pañellas: *La construcción del socialismo supone también la del hombre nuevo. El Che afirma que «el hombre en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización, es más completo; a pesar de la falta del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor. Todavía es preciso acentuar su participación consciente, individual y colectiva en todos los mecanismos de dirección y de producción». ¿En qué medida la cuestión de la participación resulta decisiva para la viabilidad de una sociedad socialista?*

CAROLINA AGUILAR: La participación es decisiva para cualquier sociedad. Para nosotras las mujeres, el fenómeno de la participación consciente es una lucha permanente. Tenemos una organización de masas con más de cuatro millones de asociadas, pero jamás se podría afirmar que todas tienen el mismo nivel de conciencia. La lucha consiste precisamente en que cada una participe, en su medida, en la solución de los problemas, en eliminar la enajenación. Sin ningún tipo de chovinismo, considero que somos las que más trabajamos en este país, porque hay patrones culturales que todavía operan con una fuerza inusitada, afectando los roles de la mujer y del hombre. Todavía sobreviven patrones de análisis y juicios de valor sexistas, que debemos cambiar.

En nuestro Comité Nacional de la FMC tenemos reuniones con montones de dirigentes del Estado. Cuando ellos se explayan en sus conferencias, hay momentos en los que a algunos —y a algunas también— los agarraría por el cuello y les diría: «Pero, qué brutos, mi madre, no les ha pasado nada por la cabeza». Hay quienes opinan que la mujer está bien posicionada. Sin embargo, conozco a compañeros de altísimo nivel que, en el momento en que empezó el Período especial, pensaban que podía ser una solución un retorno de las mujeres al hogar, es decir, mandarlas para sus casas. Lo afirmo porque fue algo que discutimos.

En este momento coexisten, en el plano de las ideas, diversas posiciones respecto al papel de la mujer. Hay ideas avanzadas de hombres y mujeres: los que creen que una sociedad nueva se hace con seres humanos nuevos, y que al hacerla, estos van mejorando. Otro grupo intermedio que dice: «Sí, que la mujer participe, pero a las cinco de la tarde debe estar en casa, porque a ella le toca hacer tal cosa, ocuparse de los hijos». Y si les preguntan por las misiones internacionalistas, responden: «Pero con quién se quedan los niños? ¿Quién me atiende a mí?» Y finalmente, está el grupo de los que declaran: «Qué va, en casa mando yo. Los pantalones los llevo yo».

No por gusto tenemos este trabajo tan intenso en la Batalla de ideas. Con la campaña de Elián, Fidel nos hizo pensar no solo en la injusticia que se estaba

cometiendo con ese niño, sino en la familia, lo que tenemos y aspiramos para nosotros, y para nuestros hijos e hijas. Batalla de ideas es sinónimo de participación, de una u otra manera, porque implica involucrarnos, generalizar una idea que es necesario defender.

Randy Alonso: Sin participación no puede haber socialismo, porque este se basa precisamente en darle capacidad al individuo de asumir decisiones políticas, económicas, bajo el concepto de que el Estado es el pueblo, y de que los medios de producción están en sus manos. Esto significa que, de manera colectiva, se decide sobre los asuntos económicos, políticos, sociales, de la nación, sobre el rumbo que toma el país; y eso no es posible sin la participación popular. Entre los muchos factores que llevaron a la debacle del socialismo en Europa del Este, estuvo ese distanciamiento de la participación popular, esa separación entre la vanguardia y el pueblo, esa falta de oportunidad de la gente para debatir, analizar, discutir. Y si algo tiene de *sui generis* el proceso revolucionario cubano son las instancias de participación que ha logrado: el Poder Popular, los Comités de Defensa de la Revolución, la Federación Estudiantil Universitaria, entre otras. Todas son instituciones genuinamente cubanas que han creado espacios más amplios de participación popular.

Sin chovinismos, considero que la Revolución ha abierto, como ningún otro proceso en el mundo, la posibilidad de participación de la gente. Ello no quiere decir que sea perfecta ni que todos participen de esas posibilidades, ni que tengamos una sociedad totalmente consciente de su poder de participación. Es cierto que están establecidos los espacios; la política los estimula como algo necesario. Pero no en todos los lugares se logra un nivel alto de participación. Esto depende de la motivación de la gente, su compromiso, la manera en que se estimula esa participación, así como de cada individuo.

Hay un aspecto esencial en el proceso revolucionario cubano: la *democracia participativa*. La gente desde el barrio decide lo que pasa; en la fábrica se discute el plan de producción con los trabajadores, y el sindicato participa de las decisiones de la fábrica; en la Universidad, la FEU tiene poder de decisión, asume compromisos; la gente se expresa en sus asambleas. Si la Revolución no fuera capaz de escuchar al pueblo, no tuviera el sostén popular que mantiene más allá de crisis, bloqueo y amenazas. Eso es lo que hace viable y sustentable un proceso como este.

La participación está muy vinculada también al mayor nivel cultural y educacional que va adquiriendo la población, que provee la capacidad de poder distinguir, opinar, hacer. Existe un debate a nivel de calle, de bodega, fuera de espacios institucionales, pero tiene también un

reflejo en la propia dirección de la Revolución. No hay otro país que tenga ese grado de participación. Sin embargo, aún estamos distantes de que ese nivel de participación tenga, en todas partes, una realización política, de manera que lo que se discute tenga utilidad práctica en todos los lugares. Es importante encontrar conciliación entre la opinión individual y la colectiva; y también con la sensibilidad de quien toma las decisiones.

María del Carmen Ariet: En el terreno fundamental de la participación nos falta mucho por hacer. Hemos tenido de todo —incluida la copia del mundo socialista y de sus instituciones. La Revolución ha sido y en cierta forma es un ensayo con errores. En esa imperfección, buscando un camino que responda a la mayoría, a veces se ha logrado encontrarlo y otras no. El concepto de participación, a pesar de la crisis, no se ha perdido, aunque existan problemas. Determinadas esferas de participación se han anquilosado, y otras no tanto. Esto tiene que ver con la propia dinámica de las instituciones y también con el hombre que las dirige y dinamiza. El concepto de dinámica es clave, porque no podemos perder de vista que ahora vivimos en un mundo diferente. Tenemos que apoyarnos en nuestros principios, pero encontrar nuevas respuestas. Esta es también una época de ensayo y error. En un momento, tuvimos un equilibrio, pero la dinámica nos obligó, por las circunstancias de la crisis que no escogimos, a reflexionar, a volver atrás, a ensayar de nuevo. ¿Qué pasó en el Período especial? ¿Rectificamos o no? Es lo que, justamente, la Revolución siempre ha hecho. Y lo ha podido hacer no solo por la inteligencia del líder, que no es necesario recalcar aquí, sino porque esa vanguardia, que contó desde el principio con la mayoría, se da cuenta de que ahora no tiene esta comunicación de identidad y de intercambio de antes, aunque a ella sea a la que le toque decidir y actuar. Quizás habría que preguntarse hasta qué punto debería ser más flexible la comunicación y la mayor participación entre la vanguardia y la masa.

La participación popular, en aras de alcanzar una mayor democracia participativa, es un eterno problema. Con la fórmula de la Batalla de ideas hemos encontrado algunas ventajas, pero existen otras insuficiencias, que hay que seguir eliminando. Es necesario renovarse, para que no se pierda lo que antes existió, y que la vanguardia sea quien convoque a esa nueva participación; reconocer que las instituciones han sido caminos creados inteligentemente por la Revolución, y que han tenido momentos importantísimos. ¿Hasta qué punto las organizaciones de masa tienen, en estos momentos, la validez y la vigencia suficientes, o deben cambiar ante las circunstancias actuales? Eso es lo que habría que pensar ahora.

Frei Betto: Creo que el propio socialismo no correlacionó debidamente justicia social y libertad

individual. Fue eso lo que condujo a la caída del muro de Berlín. El socialismo sació el hambre de pan, pero no de belleza. Socializó los bienes materiales y privatizó, en el Partido y en el Estado (que se confundieron), los bienes simbólicos. El capitalismo, hábilmente, privatiza los bienes materiales y socializa los simbólicos. Mírese a Hollywood. El socialismo cometió el grave error de imaginar que toda persona nacida dentro del sistema sería, como por ósmosis, revolucionaria, descuidando el permanente trabajo político. Considero que la participación de los movimientos sociales resulta vital para el avance del socialismo, especialmente dándoles libertad de crítica al Estado y al Partido.

Atilio Borón: Sin participación, sencillamente, no habrá construcción socialista. El mejor contraejemplo es la historia de la Unión Soviética, un sistema nacido de la más grande revolución social de la historia de la humanidad que, de repente, se desploma sin dispararse un solo tiro. Este hecho revela un fracaso de proporciones gigantescas, debido a la ausencia de participación popular.

Salvo excepciones, como el caso cubano, lo que la experiencia señala es que en cualquier proceso político los líderes, a poco andar, demuestran una cierta incomodidad ante lo que ellos considerarían un excesivo «protagonismo popular». En el fondo, se trata de la vieja crítica que hacen los autores de la tradición elitista —Pareto, Mosca, Sorel, e incluso cierta lectura de Maquiavelo— quienes señalan la tendencia natural de los gobernantes a independizarse lo más posible de los gobernados, aun cuando pretendan —y muchas veces lo hagan— gobernar en favor de los gobernados. El problema es que si esa dinámica se instala, es imposible construir sobre ella una sociedad socialista. Si el socialismo tiene futuro en cualquier país del mundo y bajo cualquier régimen, es por una intensa participación popular.

El Che nos traslada una visión absolutamente realista sobre lo que significa la construcción del socialismo, una empresa que se tiene que hacer bajo condiciones en extremo desfavorables. En el caso de Cuba, por ejemplo, el único recurso para ello es el protagonismo popular, pues no se dispone de grandes medios económicos, ni de poderosos aparatos de comunicación de masas, ni de avances tecnológicos; sino de un país bloqueado, pero con la identidad de un pueblo que asume como propio un proyecto de construcción del socialismo. En la medida en que la organización política del Estado no canalice correctamente esos espacios de participación popular, para que esta se despliegue en toda su creatividad, el proceso se estanca. Eso fue lo que pasó en la Unión Soviética, donde una inmensa revolución proletaria, popular, obrera, campesina, de soldados, resulta finalmente secuestrada por una organización estatal, se va reseca lentamente como un árbol al que se le quita la corteza, deja de destilar savia y, finalmente, con un

golpe del dedo meñique del imperialismo, se derrumba sin dejar huellas. Eso fue posible porque ya estaba muerta.

Para el Che, ese protagonismo popular es indispensable. Ahora bien, la experiencia histórica demuestra que organizaciones nacidas presuntamente para viabilizarlo terminan transformándose en obstáculos para su realización. Esa es la lucha que hay que dar en el socialismo, y el riesgo que se enfrenta, como ocurre en todos los procesos revolucionarios. La cuestión es cómo resolver y dar satisfacción a las demandas que plantea una sociedad altamente participativa e inquieta como, por ejemplo, la cubana. Los gobernantes socialistas, como es el caso de Fidel, deben disponer de capacidad para escuchar, para acoger favorablemente los impulsos que vienen desde abajo, sin los cuales no hay construcción socialista. El socialismo no es la mera redistribución de riquezas, porque si fuera así, ya existiría en los países nórdicos. El Che, con toda razón, decía que no le interesaba el socialismo como mero proyecto de distribución económica. La participación política no es solo votar, estar en una asamblea, en el comité del Partido o en el CDR, sino también poder hacer una película como *Suite Habana*, editar una revista, producir un evento cultural. La política se impregna en todas las manifestaciones de la vida social. La cuestión radica en cómo se articulan estas manifestaciones para que la sociedad vaya cambiando en una dirección deseada.

Orlando Borrego: La participación, para mí, es importante, pero no creo que sea un problema simplemente de democracia o no. No creo que la gente sea feliz porque se la haga discutir, o por ir a reuniones cansonas o inútiles. Si no se hace participar a la gente, se pueden cometer errores. Cualquier idea, por perfecta que sea, se enriquece, se perfecciona, su aplicación se hace más viable, si la gente ha participado en ella. Es un proceso de educación. La participación es casi una exigencia de la evolución cultural, técnica, de la sociedad, necesaria para asimilar el conocimiento colectivo.

Boaventura de Sousa Santos: Mi respuesta a la pregunta anterior ya me permitió identificar la gran inquietud del Che a este respecto: el socialismo se construye maximizando la participación autónoma, solidaria, educada, en libertad, de los individuos y grupos sociales. Sin esta contribución, el socialismo se burocratiza y al final traiciona sus aspiraciones. Para que la estandarización sea meramente aparente, el individuo/grupo no puede ser masa; para que tenga la posibilidad de expresarse y hacerse sentir, tiene que tener libertad —libertad cívica y política, mucho más allá de la libertad del consumidor en el mercado— y haber sido educado en la responsabilidad ciudadana y en la

solidaridad anti-individualista para con las tareas de la construcción de un mundo mejor. Finalmente, para que la participación sea consciente, es necesario que su organización sea autónoma.

El Che es uno de los primeros teóricos latinoamericanos de la democracia participativa socialista y nunca recibió crédito por eso. En parte por culpa propia (y sobre todo de sus asesinos), por no haber tenido tiempo de elaborar sus ideas con el detalle que merecían.

Antoni Kapcia: La realidad es fácil de definir: sin participación no hay socialismo, y sin socialismo no hay participación verdadera. Esa verdad era fundamental en el pensamiento del Che. Sin embargo, por encima de ella se encuentran múltiples capas de interpretación. Si a la participación le falta el poder, corre el riesgo de convertirse en mera consulta sin significado, un proceso vacío de ratificación formal de las decisiones de otros. Si la participación nunca logra llegar más allá de la movilización de las masas como objetos, crece el peligro de una enajenación profunda. En el caso cubano, lo que era evidente para el Che era que la participación activa y masiva había sido el fundamento del proceso transformador desde 1959. En tiempos más recientes, esta puede considerarse también como la clave de su sobrevivencia extraordinaria, a partir del colapso del bloque socialista, porque entre las muchas características que distinguen al caso cubano de los demás países socialistas, se destaca la cultura de participación, así como las varias experiencias participativas. Igual que en los días iniciales de la Revolución, cuando la participación crecía orgánicamente como respuesta a los desafíos, queda claro ahora que sigue siendo una base firme de la Revolución y, de este modo, de la existencia y el futuro de una sociedad socialista en Cuba. La tarea que se presenta hoy en día a todos los cubanos que valoran la Revolución es asegurar que la participación siga siendo genuina, sensible y capaz de adaptarse a las diferentes circunstancias y exigencias.

Delia Luisa López: En la medida en que los hombres y mujeres participen en los cambios revolucionarios y los protagonicen, podrán cambiar gradualmente sus valores, sus mentalidades, su conciencia. Solo así se harán revolucionadores sociales, y no reproductores del *status* establecido, aun el socialista, que debemos modificar a medida que el proceso social avanza.

La transición socialista requiere la formación de un hombre y una mujer nuevos. Aquí radica una de las diferencias sustanciales entre la concepción sobre el socialismo-comunismo de la Revolución cubana y la de los socialismos esteuropeos. Lamentablemente, la referencia a un *hombre nuevo* en nuestra sociedad ha sido, a veces, un lema —como todos los lemas— vacío de

«Nosotros socialistas, somos más libres porque somos más plenos; somos más plenos por ser más libres».

contenido. Sin la «educación formal» no avanzamos; pero con ella sola, tampoco. Las nuevas formas económicas, por sí mismas, decía Che, no forman al hombre nuevo. Su formación se complementa con una amplia participación en la práctica social y con el papel del ejemplo personal, que reviste importancia singular en el sistema de pensamiento de Che.

Las organizaciones políticas y sociales no siempre proyectan la participación en la toma de decisiones, sino en la información y la aceptación de propuestas pensadas en otros niveles. La toma de decisiones tiene gran significación en centros laborales, sobre todo productivos; de ahí que se hayan promovido las asambleas para discutir la cantidad de producción por planificar, así como la calidad, eficiencia y muchos otros indicadores económicos y asuntos de interés para el colectivo laboral. El sistema electoral tiene un diseño profundamente participativo: el pueblo propone a sus representantes municipales en asambleas abiertas de vecinos y los elige mediante votación directa y secreta. Sin embargo, falta encontrar un mecanismo ágil y eficiente para involucrar aún más a la población en la proposición de esos representantes a escalas provincial y nacional. En el nivel comunitario, se ensayan, desde hace algunos años, formas participativas novedosas y de gran utilidad social —como los Talleres de Transformación Comunitaria—, dirigidas a promover la participación para mejorar el entorno arquitectónico y social en los barrios. Resulta imprescindible más protagonismo social de la adolescencia y la juventud a escala masiva. Tenemos ejemplos magníficos de tal protagonismo, aunque subsisten grietas sobre las que debe trabajarse.

Estamos ejerciendo la crítica de nuestra propia realidad social a partir del Che, sin olvidar las condiciones de acoso y guerra económica a las que los Estados Unidos han sometido a nuestro pueblo desde hace más de cuarenta años. Aun así, *somos una realidad democrática*, y estamos en condiciones de ser tanto más democráticos como nos lo proponemos.

Fernando Martínez Heredia: ¿Qué tipo de organización social es más conveniente para la transición socialista, o qué tipos, de acuerdo con diferentes etapas o coyunturas? ¿Qué balance intencional se hace entre las creaciones del poder y el proyecto socialistas y las instituciones y los caminos conocidos de la democracia burguesa, y cómo se planea y ejecuta la tendencia hacia el predominio de las primeras? ¿Cuánto hemos logrado

de la institucionalización que el Che caracterizó en «El socialismo y el hombre en Cuba», cómo hemos asumido las sugerencias y las prevenciones que nos hizo? ¿Cuál es la dialéctica vigente entre la formación, la participación y la conciencia de los individuos, y el carácter, el contenido y las funciones de las relaciones y las instituciones sociales? ¿En qué medida esa dialéctica favorece al avance del socialismo? ¿Cómo desarrollar el pensamiento y los valores que planeen y prefiguren la nueva sociedad en medio de las condiciones y problemas actuales?

Todas esas preguntas, y otras más, surgen del estudio de las tesis, las sugerencias, las intuiciones y las cuestiones abiertas que expuso el Che en su carta-ensayo. Este texto, toda la concepción que elaboró en su madurez y las prácticas que condujo y animó, dentro de la construcción socialista cubana, constituyen un paso firme en la formación y formulación de premisas básicas para una sociedad de personas y relaciones liberadas de toda dominación y ceadoras de nuevas formas de vida. Antes de que terminara el siglo xx se agotó la promesa del capitalismo, y su naturaleza estableció nuevas reglas y estructuras que niegan casi todo a las mayorías del mundo. También se agotó la promesa del socialismo primitivo, de dominación, que rigió en grandes regiones del mundo durante el siglo. Pero los grandiosos avances aportados a la conciencia y los sentimientos de cientos de millones de personas por las experiencias de lucha y de vida, el deseo de nuevas formas de convivencia, el respeto a las diferencias y la resistencia a aceptar la vida inicua que impone el sistema, constituyen un potencial que, si se convierte en rebeldías, necesitará un nuevo proyecto socialista. Entonces podrá aprovecharse todo el legado del Che.

Isabel Moya Richard: El proceso de participación es muy importante. En la formación del hombre y la mujer nuevos, la participación consciente es esencial para pasar del discurso a la acción transformadora. El proceso de intercambio con las masas ha venido perfeccionándose y fortaleciéndose desde mediados de los años 60, cuando el Che escribió su artículo para el semanario uruguayo *Marcha*, y el proceso de institucionalización de la sociedad cubana es una prueba de ello.

La promulgación de la Constitución Socialista, aprobada el 24 de febrero de 1976, estuvo precedida por una amplia discusión con las masas, y como

resultado de ella se estableció una nueva división político-administrativa en el país y la celebración sistemática de elecciones, en las cuales los vecinos de la comunidad eligen a sus representantes.

Otros momentos que pueden señalarse como ejemplos del intercambio y la participación de los ciudadanos y ciudadanas es el profundo debate nacional en que se constituyó el llamamiento al IV Congreso del Partido Comunista de Cuba, a fines de los años 80 y principios de los 90, y más recientemente, el proceso de consulta popular que culminó con la aprobación por la Asamblea Nacional del Poder Popular de la Ley de Reforma Constitucional, que declara irrevocable el socialismo en Cuba.

Graziella Pogolotti: Como señalé antes, la masa tiene que tener la posibilidad de participación en todas las instancias de la sociedad. En la práctica, esa participación se expresa desde la vida cotidiana de cada cual; y lo que se empieza a hacer en el centro de trabajo, y que debe ejercerse, todavía más, en el Poder Popular. La participación real, en cualquier lugar del mundo, está, en primer lugar, allí donde uno se encuentra.

Elier Ramírez: Es muy importante la participación de los individuos para que funcione la democracia que caracteriza al sistema. Pero debe hacerse con cierta medida, no dejarla a la espontaneidad directa, porque se puede lacerar el propio proceso. No todos los individuos tienen el mismo interés, los valores, ni el pensamiento que se quiere. Hay que tratar de perfeccionar la participación, siempre teniendo en cuenta sus límites.

Joel Suárez: La cuestión de la participación es decisiva como proceso, quehacer consciente y activo de los sujetos sociales, en cualquier ámbito o esfera de la vida. Consciente, porque exige educación política y técnica, y al mismo tiempo, porque los procesos participativos son también autoeducativos. Hay que educar, propiciando espacios de formación, políticos, ideológicos, culturales, de cambio de valores; pero también científico-técnicos. Esa participación será más consciente en la medida en que la gente tenga mayor apropiación, no solo del conocimiento crítico, sino de los valores inherentes a un proyecto socialista. Para el Che, esa participación se verifica en espacios informales o formales, y la calidad de estos, ajenos a toda rutina, debe asegurar que sea activa, esto es, que en ellos las gentes se sientan sujetos, con amplias oportunidades para desplegar críticamente sus capacidades, sentimientos, afectos, conocimientos, sus angustias, sus sueños, sus esperanzas.

RAÚL VALDÉS VIVÓ: Sin participación no hay nada. La significación de la palabra socialismo es toda la sociedad,

no una parte de ella, y menos una parte de ella contra la otra, explotándola, discriminándola, humillándola, como ocurre en la sociedad capitalista y antes sucedió en la feudal y esclavista.

Para participar, los individuos tienen que compartir la ideología, las mismas ideas del conjunto: solidaridad, patriotismo e internacionalismo. Si no las comparten, no pueden participar. Es imposible hacer un concurso de videntes entre ciegos. También es importante la voluntad; como estando todos en una asamblea y una voz se escuche: pido la palabra y diré mi pensamiento, no el de otros, cuenten conmigo, aquí está mi decisión de contribuir a la solución. Hay que aportar no solo opiniones, también sentimientos. El odio al pasado, no a quienes lo encarnaron. El odio a la explotación, no a los explotadores. Porque el sentimiento genuinamente revolucionario es el amor. El amor a las ideas, a los demás que también aman y que tienen igual voluntad de lucha.

Participación es lucha; es lo contrario de pasividad, de rutina, de apatía. Es ser permanente creador. Mi enemigo soy yo mismo en cuanto me resigno a pensar como hombre del pasado, así sea mi propio pasado.

Juan Vela Valdés: El socialismo es una sociedad de hombres libres, y hay que construirla de manera más avanzada, a medida que aquellos participen más, de manera institucional, organizada, colectiva. Tenemos que promover mecanismos de participación, espacios de debate, de discusión, donde el hombre exprese su deseo, sus ideas. En nuestra sociedad —con todas sus limitaciones— el hombre es más libre que en cualquier otra, pues participa más en los procesos de dirección, en la *democracia participativa*, por oposición a la llamada *democracia representativa* que nos quieren imponer.

¿Cómo lograrlo? Se trata de perfeccionar nuestro Poder Popular, nuestro Estado, el funcionamiento de las elecciones y del gobierno. El socialismo no es una obra acabada, y cada generación tiene que aportarle su impronta. No se puede ir con armas viejas, pues la tecnología va cambiando. Aunque, para salvar la Revolución, a veces ha sido necesario hacer concesiones que nos han dolido, como las remesas del exterior, que benefician a determinados sectores que se privilegian, y permiten que algunos comprendan cosas que otros no pueden, a pesar de que el aporte social de estos últimos sea mayor.

Hace cuarenta años, el Che avizoraba los problemas de la corrupción que enfrentamos y combatimos hoy, en nuestro Partido y en nuestra sociedad. Los corruptos han perdido su sentido ético, moral. El análisis del Che tiene una base ética, pues se trata de trabajar sobre el hombre, educándolo y creando valores. Algunos han creído que se puede hacer que el hombre se mueva a través de determinados mecanismos económico-

Daybel Pañellas Álvarez

financieros. Pero descansando sobre estos mecanismos, nadie sería capaz de morir por la Revolución. El Che se preguntaba cómo mantener, en épocas que no son de agudización extrema de la lucha de clases, la misma actitud consecuente y revolucionaria, el sacrificio diario, la conducta ética, que se manifiesta en los momentos épicos.

Haber podido contar con el Che en todos estos años habría sido un aporte extraordinario para la Revolución —aunque nos han quedado su legado, sus escritos. Es evidente la vigencia de «El socialismo y el hombre en Cuba» cuando uno ve que hay determinado retroceso en algunos sectores; cuando se han tomado decisiones y luego hemos tenido que retroceder; cuando al descentralizarse las decisiones, ha habido quienes no han sabido hacer uso de los recursos de manera adecuada. Únicamente con la participación cada vez más activa de las masas, se pueden enfrentar estos problemas.

Daybel Pañellas: *El Che concede un lugar prominente al arte en el socialismo. Advierte que «el realismo socialista nace de la búsqueda de la simplificación, lo que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios. Se anula la auténtica investigación artística y se reduce el problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por tanto, no peligroso)[...] Las posibilidades de que surjan artistas excepcionales serán tanto mayores cuanto más se haya ensanchado el campo de la cultura y la posibilidad de expresión [...] No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial ni “becarios” que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas». ¿Hasta qué punto el arte en el socialismo ha podido desarrollarse en estos términos?*

Carolina Aguilar: Una de las cosas que más daño nos puede hacer es el dogmatismo, del que no estamos libres, incluso en la propia Batalla de ideas. Cuando despojamos las expresiones —sean palabras, hechos, consignas— de las esencias y las convertimos en un acto meramente repetitivo, estamos privándonos de una posibilidad que nos da esta sociedad.

Se han dado pasos muy importantes en nuestra política cultural; y, por lo menos en la intención, más despejados y dirigidos a eliminar todo lo que mató la expresión del talento individual. Estamos en camino, pero todavía no estamos libres de pecado, ni exentos de peligros. En la política cultural, la introducción de ideas exógenas puede enriquecer el panorama, pero también permearlo con elementos negativos. En las nuevas generaciones veo un empobrecimiento notable no solo de las expresiones culturales del arte y la literatura, sino incluso de otras expresiones, en el entretenimiento y el deporte.

En la literatura y en el arte sí veo apertura, avance, muchísima más riqueza de expresiones que en otros sectores. Tengo la suerte de ser vecina de la Tribuna

Antimperialista; por lo tanto, en la música me conozco desde el último rapero hasta todo el reggaetón, y siento que es una apertura. El día del ciclón, con el grupo Air Supply, era como una concentración en la Plaza de la Revolución. Son los timbres de la época. Todo eso lo trato de entender, me guste o no; y sé que las manifestaciones artísticas tienen que seguir avanzando.

Randy Alonso: Hablar en general del arte en el socialismo puede resultar muy abstracto. Si nos referimos al arte en el socialismo cubano, es necesario reconocer que desde el principio de la Revolución, hubo una vanguardia intelectual que trabajó y batalló por abrir esas posibilidades artísticas para el país. Una parte de la dirección revolucionaria estaba clara sobre el papel que el arte tenía en la sociedad, y se contaba en ella con intelectuales de pensamiento como Carlos Rafael Rodríguez, Armando Hart, o el Che, así como con la propia concepción de Fidel sobre el papel de la cultura. Aun así, hubo fuerzas que defendieron el realismo socialista como una manera de expresión del arte, tan en boga en la Unión Soviética o en los países socialistas de Europa. Pero no era ese el contexto de Cuba, país que tenía un movimiento artístico de vanguardia muy genuino y fuerte. Artistas como Alejo Carpentier o José Lezama Lima, pintores como Wifredo Lam, o teatristas de altura, representaban un movimiento cultural, y una música genuinamente popular muy arraigados. Todo ello contribuyó a que no venciera la idea de que el realismo socialista fuera la tendencia artística predominante, lo que hubiera hecho muy aburrida nuestra vida —sin excluir por eso que el realismo socialista fuera una expresión más del arte.

La Revolución propició la creación de espacios culturales, la fundación de la Casa de las Américas, la creación de instituciones culturales como el ICAIC. Los límites iniciales de la política cultural se expresaron por Fidel en aquellas «Palabras a los intelectuales», y en el Primer Congreso de Cultura, cuando se crea la UNEAC. Nuestra política cultural acepta todas las tendencias y expresiones artísticas. Este proceso no dejó de tener etapas grises, intentos de institucionalizar el arte más allá de su propio desarrollo natural, funcionarios que, más que promotores del arte, se convertían en sus agentes fiscalizadores. Pero, felizmente, la estrategia y la política cultural sí han estado bien definidas, y los errores lo han causado funcionarios que han implementado esas políticas. Por eso se les llama a los años 70 la «década gris de la cultura». Ciertamente, lo que en ese momento pasaba en la cultura, también estaba ocurriendo en la planificación económica, y en las copias —que después el Tercer Congreso del Partido rectificó— del modelo soviético de socialismo.

Hoy estamos en un momento de mayor acercamiento entre la vanguardia artística y la política, que se expresa

en la participación de esa vanguardia artística en el proyecto político de la Revolución, así como en la comprensión de la dirección de la Revolución sobre el papel del arte en la formación de las masas y de sus funcionarios. Esto es resultado de toda aquella etapa de contradicciones.

Por supuesto, hay un límite puesto desde aquella frase de Fidel: «Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada». Ese el límite, que es bastante amplio, aunque lo hayan utilizado fuera de su contexto, para asumir posiciones anti-culturales.

Aunque Cuba siempre ha estado abierta a la diversidad cultural, también en esa mirada hacia el mundo nos entra todo lo perverso y mediocre. Pero somos capaces de abrirnos a la experiencia, de educar a la gente y discernir. Ese alerta del Che, desde tan temprano, sigue teniendo hoy una vigencia extraordinaria. Aunque la Revolución no quiere «becarios», no hay dudas de que hay mediocres que aspiran a serlo. Sin embargo, se impone lo auténtico, el talento, lo genuino. La Revolución ha encontrado en el arte una sólida manera de defensa, porque a través del arte se ha reafirmado nuestra identidad y patriotismo.

María del Carmen Ariet: Hemos pasado por todo. A pesar de que ha habido momentos grises, oscuros, no se implantó nunca el realismo socialista en la política cultural de la Revolución cubana. Se dio libertad de expresión para que todo el que, dentro de la Revolución, quisiera realmente abrir su arte, estuviera presente. Podemos poner ejemplos negativos, pero no representan la política.

Hubo grandes debates —conocidos en diferentes niveles y sectores de nuestra intelectualidad— en distintos momentos. En algunas etapas se escribió mucho acerca de la epopeya de la Revolución; en otras, se soslayó lo que tuviera una carga más intimista. En otro momento, durante el Período especial, se produjo un colapso editorial, que nada tiene que ver con que se haya impedido publicar. A pesar de los dolores de cabeza, ha habido una vanguardia de la cultura que ha tratado de ser esa expresión. Por mantener nuestra identidad y darle continuidad a la cultura cubana, no se aceptó el realismo socialista. En cierto modo, la política ha ido sintonizándose a lo largo de todo este tiempo tal y como había apuntado el Che. Por eso resulta importante la Batalla de ideas —aunque tal vez no sea el término más adecuado para nombrarla. Su objetivo está centrado justamente en la Cultura, con mayúscula, en la formación de un hombre diferente e integral.

Frei Betto: El realismo socialista es una aberración. Solo existe arte donde hay posibilidad de transgresión. El Che tiene toda la razón: sin posibilidades ilimitadas de expresión, el arte perece. Y donde no hay arte, no hay vida. El arte es la recreación de la naturaleza, de lo real; la

apropiación simbólica de todo lo que extrapola la geometría de la razón es emulación y mística.

Atilio Borón: En la mayoría de las experiencias socialistas conocidas, el arte la ha pasado muy mal. Los creadores fueron vistos de muy mala manera, y se instituyó un pensamiento oficial terrible. También, en cierta medida, pasó en Cuba en una época, que ya quedó atrás —aunque los cubanos, que son expertos en huracanes, saben que cuando pasa uno, la cola permanece un cierto tiempo. Allí tuvo lugar una rectificación importante, al menos vista por nosotros desde América Latina. Los desplantes de la expresión artística hacia el poder no son nunca bien vistos, no solamente por los regímenes socialistas. En Cuba, algunos episodios de la década de los 70 causaron preocupación; por ejemplo, el cierre de la revista *Pensamiento Crítico*, que fue un *shock* para nosotros en América Latina, pues ella representaba el faro de la renovación teórica del socialismo, leído en clave latinoamericana. Hubo errores atribuibles precisamente a una cierta inclinación burocrática y sectaria de algunos elementos, inevitables en todos los procesos de transformación social. Cada proceso genera sus propias reacciones extremas, sus propios fundamentalismos. En el caso cubano, este fenómeno está sobredeterminado por su situación como enclave socialista a noventa millas del imperio, y la necesidad de respaldarse en la Unión Soviética. A Dios gracias, tuvieron los cubanos la posibilidad de transitar, durante un largo período, contando con la cooperación de la Unión Soviética. Pero aquella cooperación dejó su saldo, en particular la muy pobre recepción que el marxismo ha tenido en Cuba y que debe ser rápidamente revisada. Me preocupa hoy, por ejemplo, la presencia que en las escuelas de economía de Cuba tienen las teorías neoclásicas, o la enseñanza de la filosofía con autores eclécticos, incluidos conservadores como Niccolò Abbagnano.

Desde el punto de vista no solo mío, sino de mucha gente que hace años sigue la evolución política y cultural de Cuba, se ha dado vuelta a aquella página de los años 70. Ahora bien, después del tsunami de los manuales de la Academia de Ciencias de la URSS, la reconstrucción no es sencilla, y puede tomar años. Conozco la preocupación existente en la dirigencia cubana sobre la necesidad de una cultura marxista más profunda en Cuba. Cuando un líder se encuentra al frente de un Estado, tiene que impulsar políticas en montones de frentes, uno de los cuales es el cultural, incluyendo, desde luego, la ideología, la filosofía, importantes para la supervivencia de la Revolución. La defensa de la educación, de la cultura, en un momento de crisis, es lo que puede salvar a la Revolución, no simplemente los logros económicos.

San Ignacio de Loyola tiene una frase que se aplica maravillosamente bien a Cuba: «En una ciudadela sitiada, toda disidencia se convierte en herejía». No hay que confundir, por supuesto, disidencia con disenso. Pero Cuba ha sido una ciudadela sitiada por el imperialismo. Lo bueno es que aquella etapa de los 70 quedó atrás, como un momento inevitable, resultado de las circunstancias muy desfavorables bajo las cuales se inicia y se desarrolla la Revolución en Cuba.

Orlando Borrego: Esta idea del Che es bien complicada, y provocó mucho debate, todavía está en discusión ese tema por muchos entendidos en materia de arte, y algunos no están de acuerdo. La frase en que él afirma que uno de los pecados originales de algunos intelectuales es que no son profundamente revolucionarios, ha provocado criterios diferentes. Recientemente, Roberto Fernández Retamar publicó un artículo al respecto. Lástima que no lo publicara en vida del Che, lo que de seguro hubiera dado pie a un debate más amplio sobre el tema.

El Che tiene razón cuando señala que uno de los peligros más grandes en el socialismo, como régimen de dirección consciente, es que el arte y las manifestaciones culturales asociadas a él se conduzcan por dictados estatales. Voy a poner un ejemplo simple: a nosotros nos enseñaron, desde el principio de la Revolución, cuando empezamos a estudiar marxismo, que por ser un régimen de dirección consciente, era menos propenso a cometer errores de decisión. Sin embargo, esta no es una verdad tan absoluta; si bien el sistema tiene grandes ventajas, también existen peligros. No hay que pensar que las cosas van a salir bien automáticamente, y que pueden ser de una sola manera. Es necesario, por el contrario, procesarlas, analizarlas. Pero como el régimen también supone que el funcionario, el dirigente, el líder al nivel que sea, dispone de mucha autoridad, se corre el peligro de que sus valores influyan en la decisión que tome.

La planificación es un instrumento imprescindible, hasta el punto de que los capitalistas lo aplicaron intensivamente a partir de la Segunda guerra mundial, y les ha dado un resultado evidente. Pero si a esa planificación no se le aplica un instrumento científico, pueden cometerse errores. Entonces sucede lo que dice el Che, el dictado oficial es el que determina las cosas.

Y en términos del arte, esto resulta altamente peligroso. A lo largo de nuestro proceso ha habido zigzags. Sin embargo, la corriente predominante desde hace cinco o seis años ha significado un progreso sostenido en el arte, por su sistematicidad, su estructura conceptual definida, y su organización. Falta mucho, porque también hay escasez de recursos. Editar un libro es una odisea en este país, porque no hay recursos. Hay manifestaciones del arte que se han vulgarizado bastante

en los últimos tiempos, como las letras en determinadas manifestaciones de la música. Pero también es cierto que en otros campos, como en el trabajo con los niños, hay un avance incuestionable, un movimiento masivo. Nuestra radio es muy buena, entre las mejores del mundo; no de ahora, sino de siempre. El Ministerio de Cultura, en estos momentos, tiene más coherencia, y ha habido más estabilidad, a pesar de la falta de recursos. No podemos negar tampoco nuestra historia, pero creo que estamos en una etapa en la que se ha ido ganando en organización y creatividad.

Boaventura de Sousa Santos: En este terreno, el avance del Che sobre su tiempo es particularmente notable. Es cierto que, por ese entonces, en los países de Europa del Este la crítica al realismo socialista era fuerte entre los artistas, pero clandestina, debido a la censura.

Es una defensa notable de la autonomía del arte, no de una autonomía divorciada del pueblo, sino de la necesaria para que el arte contribuya eficazmente con las tareas de construcción del socialismo; o sea, de acuerdo con sus reglas propias de intervención en lo social. Para el Che, un arte «intervenido» por el Estado era incapaz de intervenir socialmente como arte. No conozco la realidad de Cuba. En los países de Europa del Este, el mejor arte tuvo que producirse en contra del oficialismo. Los temores del Che se hicieron realidad.

Antoni Kapcia: Aunque a algunos les parezca difícil apreciarlo ahora, desde la distancia temporal e, incluso en algunos casos, desde la distancia geográfica, no hay la menor duda de que las palabras del Che deben haber constituido, en aquellos momentos, una inspiración, aliviando en gran parte los temores crecientes que tenían algunos de que se impusiera una presión en favor del famoso realismo socialista. El hecho de que nada menos que el Che se hubiera proclamado a favor de la vanguardia y la experimentación artísticas, de que alguien de un perfil político e ideológico tan importante dijera tal cosa en aquel momento, habrá tenido un impacto profundo. Por lo tanto, por difíciles y duros que fueran los años 70 para la comunidad artística, la realidad era que la cultura cubana rara vez se vio involucrada en lo peor del dogmatismo cultural; y, según se observa desde fuera de la Isla, el vigor y el dinamismo de la primera década, aunque no se repitieran con tanta fuerza en todos los momentos, tuvieron una resonancia en las décadas siguientes, siempre tratando de concentrarse en la necesidad revolucionaria de crear buen arte. En este sentido, los que practicaban la cultura y los que dirigían el mundo cultural seguían creyendo en la idea del Che de que la creación, por motivos políticos, de arte malo o inferior, no es nada revolucionaria, y que el deber de todos los artistas cubanos era, en buena parte, continuar fieles a la búsqueda de la calidad.

Sin embargo, al considerar las palabras del Che sobre la relación entre el arte y el socialismo, es importante pensar más allá de lo que dijo él, más allá del mundo de los profesionales, de las vanguardias culturales. Aunque no estuviera escribiendo en este texto sobre la cultura popular, hace falta aplicar a esa cuestión los principios expresados por él, tanto sobre la participación como sobre la cultura. Uno de los logros más trascendentales del proceso revolucionario en Cuba ha sido la democratización de la cultura, la idea de que todos los seres humanos tienen, y deben tener, la capacidad y la oportunidad de gozar del arte, de practicar el arte e incluso de crearlo. Desde los primeros instructores de arte, a través del movimiento de aficionados, hasta las manifestaciones más recientes de la cultura comunitaria, ha sido evidente que la importancia que le concedía el Che al arte dentro del socialismo, así como a la participación, han tenido una resonancia poderosa en la política cultural. Es, entonces, en estos ejemplos de arte socialista donde deberíamos asimismo concentrarnos nosotros y no exclusivamente en los casos del pasado. Es allí también donde el arte se vive.

Delia Luisa López: Sin haber caído en los extremos dogmáticos del realismo socialista en el arte, sufrimos una época gris en cuanto a la política cultural. Esta etapa coincide, no por casualidad, con los primeros años de la década de los 70, al calor de la aplicación de la estrategia de desarrollo vigente en el socialismo esteuropeo. Sin embargo, hemos asistido a un proceso gradual de desarrollo de la cultura artística, muy destacado en los últimos años. No hemos pedido peras al olmo, sino que se ha sabido sembrar perales, siguiendo al Che: un sistema de enseñanza artística, de educación de nuevas generaciones de artistas en, y para, el arte revolucionario.

La crisis de los 90 afectó esta formación y, en general, la vida cultural de la sociedad. Teniendo esta realidad presente, uno de los objetivos de la propuesta contracultural conocida como Batalla de ideas consiste en desarrollar una cultura general integral en la población, con fuerte componente socialista. Un elemento decisivo es la revitalización de la participación de las masas en su propio acontecer cultural, desde las bases municipales.

Masificar la enseñanza artística es la forma de evitar la consolidación de élites culturales, alejadas de los reclamos y aspiraciones populares. Por otro lado, masificar su incorporación reduce el peligro de aplicar «camisas de fuerza a la expresión artística» de que hablaba el Che, pues esta ha sido implementada respetando las diversas formas y contenidos de la expresión artística.

Fernando Martínez Heredia: Que yo conozca, el Che es el único dirigente socialista que expone sus ideas

sobre los problemas del arte como parte importante de su argumentación, en un texto donde presenta sus tesis fundamentales. Para él, lo que se ventila es la expresión de la condición humana, y la necesidad de que el arte en la transición socialista sea un vehículo de reapropiación y elevación de las personas. Su dura crítica del «realismo socialista» era muy procedente, pero fue solo un aspecto de su posición.

El lugar social, el consumo y las funciones del arte en la actualidad registran fuertes diferencias respecto a lo que eran hace cuarenta años. Las leyes económicas del capitalismo y las reformulaciones de su hegemonía rigen a un grado muy alto los hechos artísticos, y el socialismo —débil a escala mundial— tiene manifestaciones valiosas, pero no una propuesta de envergadura. Encuentro más libertades para el arte entre los socialistas, que hemos aprendido de los errores y andamos en busca de nuevas relaciones humanas, que en el campo del capitalismo, tan autoritario y tan excluyente. Y eso me hace feliz, porque no estoy de acuerdo con que la actividad artística sufra coyundas en nombre del socialismo.

Isabel Moya Richard: El arte es siempre una mirada incisiva y crítica a la sociedad, pues la coloca frente a una representación de sí misma, a través de los recursos del discurso artístico. En el caso de la Revolución cubana, la vanguardia artística ha asumido una visión problemática del proceso revolucionario, alejada de la apología simplona. Más allá del llamado Quinquenio gris, en los años 70 —que otros postulan fue un decenio—, cuando se intentó imponer determinados preceptos del realismo socialista, los artistas han sido interlocutores agudos y críticos de la Revolución, dentro de la Revolución.

El último congreso de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, fue uno de los escenarios desde los que se diseñó la llamada Batalla de ideas, una profundización cualitativa del proceso de construcción del socialismo cubano, en medio de las nuevas circunstancias históricas.

Graziella Pogolotti: Estas ideas del Che sobre el arte y la cultura fueron muy importantes en el momento en que se produjeron, puesto que en Cuba el debate en torno al realismo socialista —de manera implícita y a veces explícita— estaba presente. Este realismo socialista hay que entenderlo como lo caracteriza el Che, es decir, la utilización de determinados recursos expresivos que venían del siglo XIX, de un arte academizado, esclerosado, superado; pero también como una visión que ignora las propias características de la creación —que debe contener siempre una investigación de la realidad— para convertirla simplemente en un instrumento de enseñanza política directa, de propaganda.

Este problema, que estuvo presente en los países socialistas europeos, en particular en la Unión Soviética, lastró muchas zonas del desarrollo de la creación artística. En nuestro caso, no ocurrió exactamente así. Hubo momentos en que este criterio pudo prevalecer. Pero el propio debate interno, la participación de los intelectuales en este debate, contribuyó a que no sucediera así.

El Che también plantea un segundo problema, de difícil solución, cuando advierte el peligro de que el artista se convierta en un becario del Estado. Hoy en día, y desde hace algún tiempo, el espacio de la creación artística no solamente tiene que evitar la protección del Estado que lo comprometa con determinado tipo de encargos, sino también tiene que guarecerse de otro peligro que ha cobrado una fuerza muy grande: el mercado.

En todos los campos de la creación, la industria cultural y el mercado del arte ejercen una influencia manipuladora en relación con la obra artística. No solo jerarquizan artistas, modalidades, tendencias; no solo entregan una sucesión de modas de duración cada vez más breve ante las demandas del comercio; sino que inducen al artista a seguir dentro de una línea que complace las demandas de este mercado, interrumpiendo así la experimentación, el riesgo en su búsqueda, bajo la presión de los dueños de las galerías de arte, las empresas que dominan la circulación de la música, de los espectáculos. Ahí nos encontramos con un problema de difícil solución.

El Estado socialista tiene que entender que para el desarrollo del arte y la cultura, como bienes esenciales para la sociedad, el espacio de la experimentación tiene que estar garantizado y protegido. En los momentos actuales, esta garantía puede encontrarse solamente en el marco de una sociedad socialista, en la medida en que esta asuma plenamente el proyecto de construcción humana como su propósito último y esté orientada a la viabilización del crecimiento de un hombre pleno, verdaderamente desenajenado y desalienado.

Elier Ramírez: No me atrevo a dar una respuesta a esa pregunta. Me sugirió algo que escribió hace tiempo Rubén Martínez Villena: «Yo desprecio mis versos, los olvido, me interesan tanto como a la mayoría de los escritores les interesa la justicia social». El quería decir que el artista también tiene que jugar un papel activo en la sociedad, y encaminar su arte en ese sentido, no solo desde su obra, sino en su actitud y acción.

Joel Suárez: La producción cultural cubana ha padecido todos los problemas que el Che mencionaba. Hubo quienes quisieron hacer realismo socialista a la usanza de la Unión Soviética: un arte simplificado, bufonesco, sin investigación artística. Pero también la Revolución creó las condiciones materiales y espirituales para que se empezara a producir en Cuba un arte del nuevo mundo.

Hay suficientes ejemplos a favor. El arte cubano no tomó un camino único. La producción artística y el campo cultural cubano se enriquecieron con varios debates después de 1959, así como por hechos y eventos de censura. El contexto en que se produce arte y pensamiento, en Cuba, no está ajeno a la lucha de clases, a la conflictividad ideológica, a la agresividad externa, a otras necesidades, carencias, aspiraciones, en las que se ha desplegado esta Revolución. Pero si lo comparamos con lo que pasó en muchas de las experiencias del socialismo histórico en la Europa del Este, en sentido general aquí se ha podido ejercer un arte en libertad.

La situación de asedio en que se ha visto la Revolución también ha marcado la política cultural, como ha marcado otras zonas de la realidad, y el desenvolvimiento de nuestra sociedad civil.

Raúl Valdés Vivó: El realismo no lo inventó el socialismo, viene del Renacimiento. En aquel momento, significó colocar al hombre en el centro del arte en lucha contra el medievo feudal. Con el socialismo hubo el afán de hacer una especie de Renacimiento utilizando también el realismo. Pero cuando aquel otro Renacimiento no existía la cámara fotográfica, el cine, la televisión. No se puede competir con los medios modernos.

Hay tantas formas de arte como gentes, incluyendo los que hacen el realismo. Los artistas en Cuba han hecho ese uso de la libertad, consustancial al socialismo, libre de la dictadura del mercado. Pero no debemos olvidar al enemigo. Dentro de la Revolución todo, fuera de ella nada, dijo Fidel, precisando nuestra total libertad de creación. Es imposible hacer dictadura sobre el arte, la cual tampoco existe ahora.

En esta lucha de vida o muerte con el enemigo, este utiliza la palabra censura para decir que no se puede. Eso no existe. Ahora bien, ¿toleraría nuestro pueblo una novela, un poema o una película que presentara como un héroe a Luis Posada Carriles? Tiene que haber un hálito de dignidad en las conversaciones, en el arte; si no, no hay debate. Tiene también que haber realismo, que lo hagan quienes quieran, como abstraccionismo, cubismo, nuevas formas, las que sean.

Tenemos un determinado nivel de arte, que nos hace sentirnos orgullosos como cubanos, pero nadie duda de que podemos llegar a tener un millón de veces más, y hablo de su calidad. En la medida en que el pueblo sea más culto, que haya más creadores, llegaremos a lo que quería Marx: no pintores, sino que todo el mundo pinte. Un mundo de artistas, lo mismo que de científicos. Humanidad nueva.

El creador es un solitario, tiende a ser individualista porque está solo con su obra; pero existen artistas, literatos, científicos, que viven para el pueblo. Se les puede llamar lo que son: héroes del sentimiento.

Juan Vela Valdés: Entre los mayores desarrollos promovidos por la Revolución, está el del arte. En nuestro país, el verdadero arte ha estado siempre muy comprometido con las causas sociales. No ha habido un arte elitista. Aunque los burgueses tenían sus artistas, es necesario diferenciar entre estos y el arte. La gran mayoría de nuestros artistas están muy conscientes de su papel. Cuando el Che se refiere a este tema, es necesario no olvidar que había expresiones del arte que algunos quisieron extrapolar de los antiguos países socialistas. En los cursos de estética, el realismo socialista se explicaba como la forma superior del socialismo en el arte. De esa misma manera, en algunas escuelas de instrucción revolucionaria, se enseñaba a clasificar a Martí como un demócrata revolucionario, como si fuera uno de los revolucionarios de la Revolución de 1905 en Rusia, un Chernichevski. Pero Martí es inclasificable; por eso nunca lo entendieron.

En Cuba, todas las expresiones artísticas se han multiplicado extraordinariamente. Ha habido etapas en que determinados funcionarios que han atendido el arte no desempeñaron su papel; aunque Fidel y la alta dirección de la Revolución nunca estuvieron de acuerdo con esas decisiones. El arte es una trinchera de la Revolución, como la cultura. Le da la posibilidad al hombre de explorar nuevos campos, otras aproximaciones a la realidad, diversas, individuales, colectivas.

A nuestros artistas se les ha dado esa posibilidad en los distintos medios, por ejemplo, el cine. El cine cubano ha tenido sus etapas, sus altibajos; ha tenido que hacer concesiones que a nosotros los revolucionarios no nos han gustado. Para poder producir algunas películas, se ha asociado a veces con determinado capital extranjero que quiere imponer ciertos patrones en las producciones, y el pueblo las rechaza. Pero a medida que los artistas interpreten mejor los sentimientos del pueblo, nuestra cultura adquirirá ribetes cada vez de mayor altura. Es necesario aprender a combatir lo chabacano, no dar espacio a personas que quieren vivir del arte en una forma muy superior al resto. Tenemos la gran suerte de tener artistas comprometidos con la obra revolucionaria, con un vuelo artístico muy alto, y con valentía para plantear criterios, lo que no se produjo en otros países que construyeron el socialismo, y lo perdieron.

Daybel Pañellas: *En sus conclusiones, «El socialismo y el hombre en Cuba» proclama: «Nosotros socialistas, somos más libres porque somos más plenos; somos más plenos por ser más libres». ¿En qué consisten la libertad y la plenitud desde una perspectiva socialista contemporánea?*

Carolina Aguilar: La libertad asegura la plenitud. La libertad es todo el conocimiento de causa, la elevación de la autoestima, de la autodeterminación. Pero la autodeterminación, en el plano de lo individual, depende

del conocimiento de los saberes, de las oportunidades, de las posibilidades. La plenitud es todo el despliegue de oportunidades y posibilidades. Las mujeres no hemos logrado la plenitud en lo social; pero en lo individual, sí. Tenemos igualdad jurídica, de oportunidades; pero todavía no hemos construido la igualdad de posibilidades. Hemos logrado superarnos en lo técnico y profesional respecto a los hombres, pero siguen las desigualdades en los puestos de dirección.

Todavía no hemos logrado la plenitud, porque no se ha conjugado la libertad con la responsabilidad. Entre las familias, por ejemplo, hay muchas avanzadas; pero en la inmensa mayoría, la mujer todavía es la responsable de la educación de los hijos, de las tareas domésticas, de la atención de los ancianos. La doble jornada es un problema social en Cuba, que se agudizó en el Período especial, cuando la cotidianidad se hizo más difícil, terrible y compleja. ¿Entonces de qué plenitud podemos hablar? Porque todavía ese ámbito no lo compartimos. Por eso hay que hacer la revolución dentro de la familia, en sus pautas y estilos de vida.

Randy Alonso: La libertad y la plenitud son conceptos que tienen límites, y que están muy asociados al contexto histórico en el que se vive. Para el Che —como antes para Martí y ha sido siempre para Fidel— esa libertad y plenitud pasan, en primer lugar, por la educación del individuo, por su cultura. ¿En dónde están esos límites? Hemos sido un país en estado de asedio permanente, con un bloqueo que no ha permitido satisfacer las necesidades crecientes de esa población en toda su magnitud, y que tiene que enfrentar muchos obstáculos para que esa plenitud de vida pueda lograrse. Existe mucha más libertad y plenitud cuando la gente se siente partícipe del proceso, su opinión es escuchada, se siente representada por quienes elige, tiene la capacidad de revocarlos, y puede vivir con la tranquilidad de que su descendencia va a encontrar las mismas posibilidades.

En este país, donde habrá muy pronto casi un millón de graduados universitarios, antes no había esa cantidad ni de graduados de sexto grado. Nuestra gente conoce mucho más de otros países que en otras partes. La gente siente que no está abandonada a su suerte. Esa libertad y esa plenitud tienen que ir acompañadas también con la satisfacción de las necesidades espirituales y materiales del individuo. Aunque en lo material no haya podido ser posible, no se ha perdido ni un minuto en buscar cómo satisfacerlo.

Se trata de conquistar toda la justicia. A pesar de lo hecho, se ha aceptado críticamente la existencia de espacios en que esa justicia, esa plenitud y libertad no han alcanzado lo que se quiere. Por ejemplo, la creación del Programa de trabajadores sociales es una respuesta, desde la propia Revolución, para enfrentar los espacios de marginación, de exclusión, que todavía existen. La

Daybel Pañellas Álvarez

filosofía humanista de la dirección de la Revolución ha potenciado ese tipo de aspiración no solo para nuestro pueblo, sino hacia otras naciones.

Me ha atraído mucho el debate sobre el hombre nuevo. A nivel de sociedad no lo hemos logrado, y estamos muy lejos de hacerlo. Pero eso no quiere decir que no haya expresiones de él en nuestra sociedad. Por ejemplo, el médico que está en Haití y es capaz de sacarse su sangre para que no se muera un muchacho que está atendiendo, o de comprar las medicinas que necesita el paciente con su propio dinero. Hay, como en toda sociedad, gente rezagada, ladrones, corruptos, y todas las expresiones de desorden social. Pero existen también, como en ninguna otra, individuos con una espiritualidad, un pensamiento, una concepción de la vida, muy superior. Es por eso que aquel concepto del Che sobre el hombre nuevo no ha fracasado, sino que sigue siendo una aspiración.

María del Carmen Ariet: El término *libertad* es muy complejo. Para el Che, la expresión máxima de libertad es que ese hombre haya conquistado su independencia y su soberanía, y a partir de ellas alcance a estructurar un poder que las exprese.

En nuestra sociedad, quizás como en muy pocas, se ha logrado un equilibrio, donde la lucha por la justicia social ha permitido un determinado grado de equidad, en el que la persona no se sienta insatisfecha. Se puede exigir más, y criticar, pero vivimos en una sociedad con ética, donde se ha alcanzado una justicia social digna. La libertad se experimenta cuando el hombre está satisfecho y apto para sentir que tiene que responder a una determinada estructura, a una determinada disciplina, y hasta dónde esa disciplina o esa estructura le satisface o no. Esa satisfacción la hemos logrado, con imperfecciones, a lo largo de estos cuarenta y seis años de Revolución.

Lo mismo ocurre con la plenitud, desde otra óptica. El ser humano tiene valores, pero también tiene motivaciones. En momentos de problemas y de ajustes en una sociedad, quizás se siente menos pleno, porque no obtiene todo lo que quisiera. De ahí que resulte tan importante el reforzamiento de la cultura, de manera que no se entienda que la plenitud consiste en tener más o menos cosas, sino en la combinación de libertad y plenitud, para sentirse satisfecho con el propio comportamiento.

Frei Betto: Lo que dice el Che todavía resulta una utopía. Prueba de esto es que el socialismo del este de Europa se derrumbó sin que los Estados Unidos dispararan un solo tiro. Se derrumbó por dentro, porque las masas se lanzaron a las calles en busca de una libertad que no sentían en sus países. Por tanto, es necesario hacer la autocrítica, saber por qué las sociedades socialistas no imprimieron vigor revolucionario a las nuevas

generaciones. ¿Dónde están y qué están haciendo ahora aquellos dirigentes del partido, aquellos teóricos marxistas, aquellos analistas de las sociedades de la URSS y de los países del este de Europa? ¿Están luchando al lado de los más pobres? ¿Están comprometidos con el rescate del socialismo? ¿O se aburguesaron? Esta es una cuestión fundamental para el socialismo: no se trata de alcanzar el poder; se trata de emancipar a los pobres. Los pobres, y el fin de la pobreza material y espiritual, son la verdadera medida del socialismo.

Atilio Borón: La respuesta la dio Martí: «Ser cultos es el único modo de ser libres». La plenitud tiene que ver con cuestiones espirituales, pero también materiales. Y ambas están unidas. Un error muy frecuente del pensamiento de los socialistas ha sido creer que se puede establecer una disociación entre satisfacción material y espiritual. Esta idea, que ha hecho mucho daño, tiene profundas raíces cristianas, muy nobles y valorables, pero en el fondo no son un reflejo correcto de lo real. Esa escisión entre el espíritu y la carne penetra también en el marxismo, sobre todo en el latinoamericano. La plenitud surge precisamente de la unión de la carne y el espíritu. Esa plenitud de la que hablaba el Che Guevara se puede dar, pero en las condiciones cubanas es muy difícil que se vea, en la medida en que sigue siendo un país asediado donde todo lo material cuesta un triunfo enorme conseguirlo; mientras que sí se logra plenamente la satisfacción de las aspiraciones espirituales. Pero no hay que resignarse a decir: «es necesario seguir siempre sometidos a privaciones». Un pueblo heroico como el cubano ha dado muestras enormes de heroísmo en todos los frentes, pero no se le debe exasperar sobre la base de ese credo. Sería sumamente inoportuno pensar que una serie de rectificaciones económicas indispensables en Cuba se pueden posponer indefinidamente porque este es un pueblo heroico. Por lo tanto, esa plenitud a la que alude el Che requiere de una capacidad de rectificación en el rumbo de todo lo que tenga que ver con la producción de los bienes materiales necesarios para sostener esa libertad que el cubano tiene, esa plenitud de vida.

Orlando Borrego: La libertad es un concepto tan abarcador que sería bueno que la gente supiera apreciarlo, aprendiera a valorarlo en su verdadera dimensión. Si uno se deja llevar solo por las carencias, se siente cerrado, presionado por las dificultades y problemas que tiene nuestra realidad actual. Si se emplea un espectro más amplio de análisis y se compara con otros lugares, uno se da cuenta de que realmente somos más libres y más plenos. Nada más el concepto de soberanía y de no dependencia de un imperio, nos da una seguridad de realización como seres humanos, que es fundamental. A eso se le suma las potencialidades que tiene el sistema de solución de lo material, que es por lo que se lucha.

El Che Guevara, que era el hombre más austero y sacrificado que yo haya conocido, encaminaba todo su esfuerzo a la plena realización del ser humano, y no a la espiritual solamente. Él empezaba por reconocer que en el socialismo se luchaba por un sistema que le diera satisfacción material a la gente, que no careciera de nada imprescindible; no una sociedad de consumo irracional, pero sí que pudiera suplir todo lo vital para el ser humano —el techo, la comida, la ropa— y que fuera comfortable, de alta calidad. Esa fue su lucha. Está escrito lo dicho por él: «No concibo el socialismo con miseria». La realización personal era un componente muy importante para él.

Ahora bien, existe un factor que frena y limita esa libertad y realización completa: el acoso del sistema capitalista. El tema de la libertad, de la realización, de si se es más pleno o menos pleno, incluye ser capaz, ante las situaciones presionantes —que son fuertes, y las estamos padeciendo todos—, de darles respuesta.

Boaventura de Sousa Santos: Lo que el Che quiere decir es que no hay libertad sin condiciones de libertad. En esto se coloca en una posición contraria a la de la concepción burguesa de libertad. Plenitud significa, en este caso, la presencia de las condiciones que permiten el ejercicio de la libertad. Tales condiciones no son solo materiales, sino también políticas y éticas. En el mismo artículo, el Che habla de la importancia de los estímulos morales. Sin embargo, desde una perspectiva consistente con lo anterior, no los considera recetas oficiales para automatismos sociales en los discursos o en la vida. Los concibe «como el desarrollo de una conciencia en la que los valores adquieran categorías nuevas». Para que esto ocurra, es necesaria la libertad, aunque no basta: se requiere la educación libre y solidaria para la libertad y la solidaridad: «la sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela». Paulo Freire no formuló mejor esta idea de la pedagogía emancipadora.

Antoni Kapcia: Hoy en día, la libertad resulta un tema de trascendental relevancia, sobre todo cuando los profetas de la globalización, de la «transición» y de la socialdemocracia neolaborista nos proclaman que solo equivale al mercado libre y a la «elección libre» por parte del individuo. Lo que reconocía el Che (por instinto, por creencia, así como por su experiencia en América Latina, en la guerrilla y en la Cuba revolucionaria) era que la libertad verdadera consiste en la posibilidad de construir un ser humano pleno, dentro de un proyecto colectivo de liberación, y que la solidaridad es más que una versión socialista de la caridad cristiana. Para él, la solidaridad debe ser un proceso orgánico por el cual se relacionan el uno con el otro de una forma creadora, un contexto en el cual se relaciona la existencia individual con el bien colectivo.

Como todos los revolucionarios, se daba cuenta de que las supuestas libertades de una sociedad capitalista liberal —de pensamiento, de creencia, de movimiento, etcétera— no significan nada si aquellos a quienes se les ofrece se mueren de hambre, se quedan sin trabajo o duermen en las calles. Pero también reconocía que toda sociedad socialista debe existir sobre la base de un respeto fundamental al ser humano, a todos los seres humanos que la constituyen. El problema en aquel momento se encontraba, en parte, en la realidad de la Guerra fría, que complicaba el debate, exigiendo lealtades necesarias. Una de las consecuencias de la crisis de 1989-94, y del proceso de difícil reajuste en los años siguientes, ha sido la creación de cierta oportunidad para que los cubanos reexaminen su propia Revolución y repiensen su definición del socialismo en un contexto mundial muy diferente, un mundo con cada vez más desigualdad, más pobreza, y con un nuevo imperialismo.

Un resultado de este proceso ha sido la nueva libertad de situar al individuo cubano, al sujeto humano, en el centro mismo del proyecto colectivo revolucionario. La campaña por el retorno de Elián fue un ejemplo revelador de esta realidad: la visión de todo un pueblo, y en particular los jóvenes, marchando diariamente para demandar la libertad de un solo niño cubano, fue una manifestación elocuente de esta fusión de lo social y lo individual, así como un proceso liberador, en el cual miles de individuos (algunos de los cuales no compartían todos los principios de la Revolución asediada, y hasta se consideraban en contra de aspectos de ella) decidieron participar, por su propia cuenta, en el esfuerzo colectivo, descubriendo en el proceso tanto su individualidad (por el compromiso individual) como su pertenencia a una sociedad más amplia. Fueron entonces el acto de solidaridad y la participación activa los que dieron significado político a la vida de cada manifestante.

Delia Luisa López: El camino de la libertad en el socialismo se va abriendo al caminante obstinado, los decididos a *autoeducarse*, como decía el Che. Hay quienes piensan que la libertad consiste en poder estar frente a una vidriera repleta de abalorios y escoger las más encogedoras de sus luces. Así son felices y, sobre todo, libres. Para los socialistas convencidos, el acto de escoger supone algo más que la escogencia material. Esta elección no tiene que ser en sí misma superflua, aunque podríamos incluir en la discusión la validez o no de discernir sobre qué objetos —¿mercancías? ¿valores de uso?— se ejerce el derecho de escoger. Esta constituye el fundamento de toda libertad. Somos más libres porque las necesidades básicas están resueltas o en camino de estarlo. Aunque no coincidimos con la ideología que circunscribe el socialismo a «la satisfacción siempre creciente de las necesidades materiales», y por tanto, descuidan (de hecho, descuidaron) el centro del esfuerzo de todo cambio social

socialista: el desarrollo del ser humano, de su individualidad como decía el Che —y no del individualismo.

La libertad en el socialismo es la posibilidad del crecimiento de la subjetividad en toda su plenitud, lo que se expresa en el juego de palabras usado por Che en este ensayo. En el socialismo somos más libres porque el crecimiento espiritual es un objetivo, y por ello somos más plenos. Los cubanos y cubanas de hoy somos además más libres porque decidimos escoger uno de los más audaces valores para vivir en libertad: *la dignidad*. Esta es una de las dimensiones concretas de la libertad. La dignidad de la nación reforzó las dignidades personales y se complementaron gradualmente desde el triunfo de la Revolución. Una nación auténticamente digna contagió de dignidad a sus hijos, por lo que lo somos, obstinadamente en nuestra autopercepción, seres humanos nuevos, aun con lastres, taras y grietas. Somos nuevos en comparación con los cubanos y cubanas de otras épocas históricas y circunstancias; pero sin dejar de reconocer a hombres y mujeres que se adelantaron en su desarrollo personal a la época republicana neocolonial y lucharon —incluso hasta perder la vida— por cambiar aquella realidad.

Fernando Martínez Heredia: Che le hace ocho precisiones a esa frase rotunda con la que inicia su intento de conclusiones; es necesario tenerlas muy en cuenta. Hoy habría que decir que los socialistas cubanos somos más libres porque hemos resistido durante una etapa negra, que comienza a dejar de serlo, sin perder nuestra identidad ni hacer concesiones funestas, y porque hemos aprendido que no basta resistir, que la libertad no puede pertenecer al reino de todavía, y que es un elemento básico de nuestra fortaleza. ¿Cómo sentirse plenos combinando los afanes y ámbitos personales y familiares con la entrega a una causa de solidaridad social y valores socialistas e internacionalistas? Enfrentamos retos formidables, y no es suficiente reparar desgastes y obtener mejoras: es imprescindible crear, una y otra vez, en el campo misterioso de las voluntades y los sentimientos, y atar, una y otra vez, acciones y pensamientos a un proyecto de vida y de sociedad que se atreva a ser muy ambicioso y trascendente en libertad, justicia, fraternidad y universalidad.

Isabel Moya Richard: Otros pensamientos del Che dentro de «El socialismo y el hombre en Cuba» aportan más elementos para intentar una definición de conceptos como libertad y plenitud, que han ocupado a los pensadores durante centurias.

Guevara afirmaba que el gran reto del socialismo es articular los intereses individuales con los de toda

la sociedad. Ahí radica, para mí, la concepción de la libertad y la plenitud: ser, en mi individualidad, y expresar ese ser, en el concierto social.

Graziella Pogolotti: La plenitud se encuentra en la máxima potenciación de la creatividad humana en todos los planos de la vida. La libertad está también ahí, en esa plenitud. Cuando hablo de creatividad humana, no estoy pensando en creatividad artística, sino en la posibilidad que tiene el ser humano de transformar su entorno, tanto en términos materiales, como espirituales.

Elier Ramírez: La libertad y la plenitud consisten en que las personas vean el resultado de sus acciones, se sientan protagonistas, constructores de la sociedad en la que viven. La satisfacción debe estar dada por el bienestar social, no solo el propio.

Aunque tiene mucha vigencia lo que dice el Che, no creo que sea así para todas las personas. En el momento en que él escribió, tampoco debe haber sido así para todos —aunque aquella era una época de mucha efervescencia revolucionaria. Si luchar por la libertad y la plenitud era muy importante entonces, ahora lo es todavía más, porque son muchas las dificultades que tenemos que enfrentar, unidas a todas las campañas del enemigo. Pero resistir y luchar son también muestras de libertad y plenitud. Por eso Fidel insiste en la Batalla de ideas. Se trata de aprender a mantenernos firmes, a pesar del intenso combate ideológico, del bloqueo y de la falta de aliados.

Joel Suárez: Plenitud tiene que ver con la verificación real de los derechos humanos de las personas, en su indivisibilidad y en su integralidad. Esta es la dignidad de todo ser humano. Hay zonas que atañen a la plenitud del ser humano y el ejercicio de la libertad que el Che no trató. El sentido de plenitud en el pensamiento socialista tiene que ser recreado. Pero el pensamiento socialista marxista y, por lo tanto, los sentidos comunes —comunes entre nosotros, en Cuba y en nuestro proyecto— no son ajenos a las tradiciones modernas; somos hijos de la modernidad. A pesar de que en el pensamiento del Che, de Fidel, y en la ideología de la Revolución cubana es muy distintiva la dimensión espiritual de la plenitud del ser humano, la cuestión material tiene demasiada centralidad, por las carencias vividas, y porque la cultura consumista del capitalismo deja huellas entre nosotros. Por eso el Che consideraba crucial este asunto para la transición socialista. Pero, hay temas que no toca el Che en «El socialismo y el hombre en Cuba» que hoy sí empiezan a estar entre nosotros, y tienen que ver con la plenitud, y lo que llamaría los límites del ejercicio de la libertad. Por ejemplo, uno crucial son los problemas de la naturaleza y su agotamiento como fuente de riqueza. Plenitud es vivir en libertad, pero la libertad de un individuo termina donde comienza la del otro, y las

responsabilidades hacia los otros. Por lo tanto, vivir en plenitud significa vivir en el ejercicio permanente de la libertad. La plenitud en el socialismo si no incluye al otro en su empeño por alcanzarla, no es plenitud. También tienen que entrar en juego los límites y las responsabilidades que tenemos para con la naturaleza, o si no, la humanidad no tiene futuro. Esto supone, como decía el Che, mucha educación y concientización en este y otros terrenos. Tendrían que entrar otros temas como la inclusión —categoría diferente a la de tolerancia, que no me gusta. La inclusión implica el respeto y la creación de condiciones materiales, culturales, legales, espirituales, para que los seres distintos, a veces minorías, vivan y tengan también derecho a esa plenitud. La plenitud también es un horizonte, así como la libertad, la equidad, la democracia, la felicidad. Pero también todas y todos podemos empeñarnos en vivir plenamente por anticipado. Toda sociedad, en su perfeccionamiento, va descubriendo determinados grupos de personas cuya plenitud y libertad son insuficientes o, en determinadas condiciones históricas o materiales, pueden ser cercenadas porque son portadores de opiniones distintas, discapacidades, enfermedades —como el caso del VIH SIDA, una pandemia que nos ataca—, o personas con diferente orientación sexual, o aquellos cuyos puntos de arrancada para el acceso a la igualdad de oportunidades en la sociedad son distintos a los de otros, están en desventaja. Es un viejo tema del socialismo resolver su relación con el pensamiento crítico, y hablo de los procesos históricamente existentes, incluida la Revolución cubana, en las condiciones dramáticas en que ha tenido que desarrollarse. La plenitud pasa hoy por todas estas zonas. No estoy hablando de la plenitud individual, aunque la satisfacción creciente de las necesidades individuales ha formado parte de las metas socialistas, sino de un concepto de plenitud en que, gracias a la educación y los procesos de formación que diversos actores de la sociedad propician, la felicidad de uno pase por la felicidad de todos.

Raúl Valdés Vivó: Libertad y plenitud no son idénticas, pero son lo mismo, por existir en la cultura y por la cultura. El Che ve tres palabras, usa dos; la que las une es la cultura, que está dentro de cada una. Martí dijo que ser cultos es la única manera de ser libres. También así pensaba Bolívar. El libro de 780 páginas sobre el Libertador que

acabo de escribir, no es solo sobre el hombre de más de cuatrocientos combates, sino sobre el maestro que fue, a caballo, yendo de cumbre en cumbre de los Andes, hasta crear Bolivia tras Ayacucho, que hizo de Sucre —aquel otro Che—, y que físicamente fue asesinado en sitio próximo.

Juan Vela Valdés: Uno es más pleno porque tiene posibilidades de no vivir atado a determinadas necesidades, como pagar una renta alta, y en cambio poder disponer de un médico de la familia, que el hijo pueda estudiar en una sede universitaria municipal, expresarse libremente, tener un trabajo al salir de la Universidad.

Todavía no hemos logrado que el trabajo sea una satisfacción personal de las personas. Aunque hay gente que se realiza en su trabajo, pervive una cultura, transmitida de generación en generación, consistente en creer que el trabajo es un enemigo. El hombre pierde su enajenación en el socialismo porque no tiene que vender su fuerza de trabajo para poder adquirir todos los demás bienes por los que debe luchar en una sociedad capitalista. La falta de conciencia sobre esas ventajas impiden el desarrollo de una cultura del trabajo, de la eficiencia, de la productividad.

Un hombre puede ejercer con mucha más posibilidad su libertad y su plenitud teniendo un acceso cada vez mayor al conocimiento, a la cultura general integral. No solamente graduarse en una profesión, sino ser un hombre que piense, que sea más libre porque conoce más. Martí lo decía: «ser cultos es el único modo de ser libres». Estamos creando la sociedad más culta del mundo. Las universidades dejan de ser sitio para una élite. Aunque ser maestro en ciencias o doctor va a dejar de representar una élite, ya que se va a masificar también en un futuro. Esa es la garantía para poder ejercer a plenitud nuestra libertad, con mayores opciones para poder decidir.

© TEMAS, 2005.